

GENIIT

— sociología —
ciencia — literatura

Sumario

Dr. J. Lazarte: Diferencias culturales entre lo masculino y lo femenino.—Felipe Alaiz: Tipos españoles. Emilia Pardo Bazán, granjera coruñesa.—Rosa Arciniega: ¿Quién «manda» hoy literariamente?—Conrado Lizcano: Ideas, líneas y colores. El Greco en pequeño.—Guerra Junqueiro: Antología. La hidra clerical.—Vladimir Muñoz: Individualismo y fraternismo.—Horacio Quiroga: Rincón de los niños. La abeja haragana.—Francisco Olaya: El informe Krutchev. La dirección colectiva.—Suno: Microcultura.—Eliseo Reclus, Miguel Bakunin, Pedro Kropotkin, Cristian Cornelissen: Antología Libertaria (folletón encuadernable.)

Marzo
1957

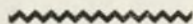
75

Revista Mensual

PRECIO: 80 FRs.



NUESTRA PORTADA



DOMENICO THEOTOCOPULI, EL GRECO

En otra parte de este mismo número de «CENIT», nuestros lectores podrán leer el artículo dedicado a la figura del Greco por nuestro estimado colaborador Conrado Lizcano.

La figura del gran pintor cretense, incorporado al arte español por haber allí florecido su genio, aparece hoy actualizada por lo que el arte moderno le debe de atisbos y de intuiciones extraordinarias.

La ejecución pictórica del Greco fué una revolución en su tiempo y precedió de varios siglos a los pintores que representaron a lo largo del siglo XIX y principios del XX, una renovación del arte. El Greco, poco conocido en el mundo, ahogado por la fama de los que fueron sin embargo inferiores a él — los Velázquez, los Ribera, etc. — hoy es descubierto con admiración y con sorpresa. En su pintura implacable, sombría, de rasgos duros, se encuentra el concepto crítico y despiadado del arte, expresión, en su tiempo, de rebeldía y de protesta. Estilo más tarde remozado por Goya, cuya galería de retratos reales es el estudio anatómico de la degeneración moral y física de los Borbones.

«CENIT» se honra reproduciendo este raro autorretrato del Greco que constituye nuestra portada... Decimos raro, porque aún cuando el flaco y atormentado semblante de Domenico aparece confundido en el mundo de figuras de muchos de sus cuadros, quizá no existe otra imagen directa del maestro, pintada por él mismo con idéntica fidelidad e idéntica crueldad que las que aplicó a fijar para la posteridad las imágenes ajenas.



REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

DIFERENCIAS CULTURALES ENTRE LO MASCULINO Y LO FEMENINO

«Los progresos sociales y cambios de periodos, se operan en razón del progreso de las mujeres hacia la libertad; y la decadencia de orden social se opera en razón del amenguamiento de la libertad de las mujeres».

Carlos Fourier: «El Falansterio» página 243. «La extensión de los privilegios de las mujeres es el principio general de todos los progresos sociales». Fourier, op.c.



AMOS a tratar un problema de nuestra época, que se expresa en «Derechos y deberes de la mujer», equivalentes a los del hombre, que una prolongada esclavitud producida por tipos de cultura antifemenina, retardó en su llegada y alejó por mucho tiempo de las realidades societarias donde se afirmaron las instituciones que tenemos ahora como «absolutas» y «eternas».

La gente partidaria de la tradición cultural está por la subordinación natural de las mujeres, e inconscientemente como clase, ajustando el mecanismo a los mecanismos sociales que la mantuvieron sumisa. Sólo abandonando esta tradición se mejorarán las condiciones de las mujeres.

Una contradicción importante, manejada mucho en estos tiempos, es que socialmente las masas por sus costumbres y creencias no están por la liberación de la mujer, aunque individualmente todos sean partidarios de ella. Este fenómeno es plural para hombres y mujeres, que creen como masa, en la misma tradición contraria a nuevos aspectos, no sólo de la valoración, sino también de una situación activa de la mujer.

Necesitamos deshacer tal embrollo, creando una nueva conciencia colectiva, en la cual, la mujer no sea considerada como clase socialmente subordinada.

Hombres de ciencia estudiaron a la mujer y al hombre, desde hace siglos, y recientemente llegaron a las conclusiones (después de recias polémicas) que no existe ningún atributo biológico que los diferencie fundamentalmente, o haga de ambos, dos seres de distinta creación o destino. Por el contrario se llegó al convencimiento científico, que am-

bos forman un mismo ser humano con naturalezas intersexuales. No existen hombres puros o mujeres puras, pues no se ha llegado a establecer la condición de mujer, ni la condición de hombre como características diferenciales que tocan la naturaleza y que den lugar a privilegios que tengan por base verdades antropológicas o psíquicas. Los últimos estudios sobre las sociedades, historia de diversas culturas recientes o antiguas, lo han comprobado.

Naturalistas, médicos, psicólogos se inclinan por la composición intersexual, equivalente de hombre y mujer; en unos habrá más caracteres que llamamos masculinos, en otros menos; unos tipos tendrán tanto o cuanto de funciones y demás que los que los hará diferenciados al máximo o al mínimo. Se habla pues de la naturaleza de la mujer como se podría hablar de la del hombre, pero es la naturaleza de los dos la misma e idéntica, con variantes percibidas por nuestra inteligencia y originadas por la herencia biológica y cultural agitada por el ambiente.

Los factores que influyen en la determinación femenina son sociales, psicofisiológicos, de contorno y demás, idénticos a los que influyen en el hombre, de donde hemos de concluir, que no existe más que una naturaleza, la del hombre-mujer, cuyos antecedentes filogenéticos, no sólo están en los hombres del paleolítico, sino en toda la serie animal, de donde descienden y cuya expresión viva y actual consiste en las variaciones de los 2.500 millones de habitantes de la tierra en esta hora. Tal opinión no tiene nada de original, pues las mitologías la han supuesto, las religiones más distintas la creyeron y los modernos investigadores científicos la han confirmado.

En las más viejas sociedades helénicas—la de Creta—Demeter es la madre universal, diosa importante, legisladora que indica el predominio del sexo femenino. Y en otro mito cretense, Zeus nace del seno maternal de Rhea, otra diosa magnífica. En la Biblia, libro del Génesis, Eva nace de una costilla de Adán...

Platón, en su famoso diálogo «El Banquete», dice: «Antes la naturaleza humana era muy diferente de la de hoy. Al principio había tres clases de hombres: los dos sexos que subsisten hoy y un tercero compuesto de ambos. Este ha sido destruido y lo único que queda de él es el hombre. Este animal formaba una clase particular y se llamaba andrógino, porque reunía el sexo masculino y el femenino,

pero ya no existe y su nombre es oprobioso... El sexo masculino era producido por el sol y el femenino por la tierra y el compuesto de los otros dos por la luna que participa de la tierra y el sol... Sus cuerpos eran robustos y vigorosos y su valor elevado, lo que les inspiró la audacia de subir hasta el cielo y combatir con los dioses...

«Creo haber encontrado—dijo Zeus—un medio de conservar a los hombres y de tenerlos muy sujetos, y este medio es disminuir sus fuerzas. Los separé en dos y así serán más débiles y tendremos además otra ventaja, que será la de aumentar el número de los que nos sirven.»

«Después de esta declaración, el dios hizo la separación que había dicho y la hizo de la misma manera que se cortan los huevos cuando se les quiere salar dividiéndolos en dos partes iguales. Hecha esta división cada mitad buscaba encontrarse con la que le correspondía y cuando se encontraban ambas se abrazaban y se juntaban con tal ardor en el deseo de recobrar su antigua unidad que parecían en este abrazo de hambre e inanición, no queriendo hacer nada uno sin el otro. Cuando una de estas dos mitades perecía la que subsistía buscaba otra a la cual se unía de nuevo, fuera ésta la mitad de una mujer—la que hoy llamamos una mujer—, o un hombre y así la raza se iba extinguiendo...» Mito que entre otras cosas, establece la relatividad del sexo y conocimiento que de ello ya tuvieron los griegos, y antes que ellos, los egipcios.

En la veintena de sociedades cuyos restos o documentos se conocen, la delimitación entre masculino y femenino no se hizo clara, pero sí en más o en menos la sujeción de la mujer al hombre y su poder. La textura social tenía esa trama de lo eterno femenino o lo eterno masculino y estas eternidades se heredaban y se creían como las religiones de nuestros antepasados, sagradas e indiscutibles. Sin duda el siglo XVIII contribuyó a la aclaración de estos puntos de vista bajo la égida de un gran proceso revolucionario integral, pero ha sido recién en el XX en que se ha podido dar luz y claridad sobre el asunto. Enumerar los trabajos de investigadores sería labor muy larga y solamente citaremos algunos adecuados.

Ha sido la antropóloga Margaret Mead la que tuvo la suerte de aclarar la magnitud de los conceptos masculino y femenino y su significado cultural, a través del estudio de tres sociedades primitivas distintas de la occidental, situadas en Nueva Guinea.

«En el curso de esta investigación tendremos la ocasión de examinar la mujer masculina y el hombre femenino tal como aparecen en estas tribus diferentes y de inquirir si es siempre una mujer de naturaleza dominadora la que se concibe como masculina o un hombre sumiso, amable o amante de los niños o de los bordados el que se supone femenino... basándose en el supuesto de orden cultural de que ciertas actitudes son naturalmente masculinas y otras naturalmente femeninas» (1).

Llegando a estas conclusiones: «Muchos, si no todos, de los rasgos de la personalidad que llamamos femenino o masculino se hallan tan vivamente unidos al sexo como está la vestimenta, las maneras y la forma del peinado que se asigna a cada sexo según la sociedad y la época.»

«Se recordará que el propósito fundamental de mis estudios directos en Nueva Guinea consistía en descubrir en

qué medida las diferencias temperamentales entre los sexos eran innatas y hasta qué punto estaban determinadas culturalmente y además investigar en detalles los mecanismos educacionales en sus conexiones con estas diferencias. No habiendo encontrado diferencias temperamentales entre los sexos cuando estudié sus creencias culturales, ni cuando observé el comportamiento de los individuos. Cabía inferir que tales diferencias eran puramente una cuestión cultural y que en aquellas sociedades en las cuales la cultura se descuidaba, no se observaba diferenciación entre los sexos...»

«Los Arapesh han tipificado la personalidad tanto de hombres como de mujeres, según un patrón que, de acuerdo con nuestro sesgo tradicional describiríamos como maternal, femenino y antimasculino; Mundugumor, se han ido al extremo contrario ignorando el sexo como base de diferenciación de la personalidad, han tipificado el comportamiento de hombres como de mujeres, considerándolo como activamente masculino, viril y sin ninguna de las características de suavidad y ternura que estamos acostumbrados a creer inalienablemente femenino» (2).

En una, los dos sexos tienen carácter pasivo, maternal, femenino; en otra, los dos sexos tienen carácter corajudo, violento, viril.

Hacer ver el error donde la dicotomía de la personalidad social está determinada por una sola cualidad, la del sexo. «Los hombres descubren que uno de los puntales de su autoridad, que a menudo consideraron sinónimo de la autoridad misma—la capacidad de ser el único aporte de la familia—, les ha sido arrebatado. Las mujeres educadas en la creencia de que una renta ganada por sí mismo da derecho a imponer su voluntad, doctrina que funcionó bastante bien mientras ellas no tuvieron entradas propias, se encuentran cada vez más en estado confuso, entre su verdadera posición en la familia y la que su educación le induce a ocupar. Los hombres que han sido educados en la creencia de que su sexo está siempre en cierta medida en cuestión, y que suponen que el poder de ganar dinero es prueba de su hombría se han hundido en un doble incertidumbre a causa de la desocupación; y esto se complica aún más por el hecho de que sus esposas han sido capaces de conseguir empleo» (3).

El impacto de los estudios modernos de los antropólogos sobre la naturaleza del carácter femenino y masculino y su persistencia histórica ha sido terrible. Tan intenso que la nueva y esta generación no podrán incorporarlo todavía a su acervo cultural y educacional.

Mas la sacudida no vino sólo del campo antropológico sino de todos los sectores científicos. La sociología ha contribuido muchísimo a ello y últimamente Viola Klein ha dedicado un hermoso y sabio libro a dilucidar la existencia o no, del eterno femenino analizando cómo, lo que para unos escritores es masculino y para otros es femenino, es decir que los encuentran en la mujer o en el hombre, como más comunes y regulares. Libro escrito con el «objeto de descubrir si existen rasgos que puedan considerarse típica-

(1) Margaret Mead: «Sexo y temperamento», pág. 17.

(2) M. Mead, op.c. páginas 141-43.

(3) M. Mead, op.c. pág. 257.

mente femeninos, cuáles son y si siempre se los conceptuó característica de la mujer» (4).

Es verdad, la notable socióloga confiesa que no los ha encontrado, aunque sí numerosas variedades, tan numerosas como en los hombres, mas sin ninguna importancia determinante que coloque al femenino como al masculino, arriba o por debajo uno de otro y termina sosteniendo que el carácter femenino es pura ideología...

Por su parte, los psicólogos también han entrado en la lisa. ¿Hay en la mujer variaciones debidas exclusivamente al sexo? H.B. Thompson, en su libro: «The mental trait of sex», dice que no y que la civilización nuestra ha creado una atmósfera diferente para cada sexo.

«Los estudios médicos de estas facultades muestran escasisima diferencia entre hombres y mujeres, diferencias que, según Helen Thompson, consisten principalmente en diferencias de actitudes hacia los problemas en cuestión y no en diferencias innatas de capacidad» (5).

Según el punto de vista de Maslow, masculinidad y feminidad son conceptos poco satisfactorios en cuanto a dominio de la personalidad. Una mujer de elevado sentimiento de dominación se parece más a un hombre dotado del mismo sentimiento que a una mujer de magro sentimiento de dominación. Esto por supuesto no es válido para la constitución anatómico fisiológica y para los detalles externos del convencionalismo social, como por ejemplo las ropas, la educación, etc. Sin embargo si hablamos de personalidad interna que es mejor o (a) calificar de masculino a los hombres y de mujeres de elevada dominación y femeninos a los hombres y mujeres de baja dominación, o (b) abandonar definitivamente los términos porque son engañosos» (6).

En síntesis, cada sexo en la civilización masculina nuestra, tiene su papel a desempeñar antes de su nacimiento y sin consulta. El papel asignado es el que las mujeres sean femeninas y los varones masculinos, quieran o no serlo y en esa contradicción está la tragedia sexual contemporánea que no será resuelta hasta que lea cultura libere a los hombres de tales taras, merced a una educación y ambiente científico y que cada individuo sea como es en el desenvolvimiento de sus valores libres.

Rosa Mayreder en su libro: «De la crítica de la feminidad», hizo notar, hace más de 30 años, que: «Todo lo psíquico, lo mismo que toda la vida de la sensibilidad y voluntad recibe por la naturaleza sexual un carácter especial y una coloración determinada y específica de los que se forman, lo heterogéneo e incomparable de la naturaleza masculina y femenina y que las diferentes funciones sexuales del hombre y la mujer, son harto insignificantes para el fin de su naturaleza espiritual y afirma la independencia de las diferencias psíquicas individuales de la sexualidad y de la distinta naturaleza de los sexos...»

(4) Viola Klein: «El carácter femenino», pág. 24.

(5) Viola Klein, op.c. pág. 126.

(6) Rosa Mayreder: «Dominación, personalidad y costumbres sociales en las mujeres». «Jour of social Psychology», número 10-1939. Cita de Viola Klein.

«Encontramos que, así como parecen existir diferencias emocionales inherentes entre los hombres y mujeres, la cultura ha desviado y cambiado la expresión de estas diferencias. Entre nosotros las mujeres son consideradas como ángeles solícitas, pero entre los iroqueses se las trataba de torturadoras y sádicas. En nuestra sociedad los gastos de cosméticos los hacen en su mayor parte las hembras, pero en muchas culturas la mayor parte del despilfarro es hecho por los hombres. Las personalidades de los sexos pueden cambiar hasta en una cultura dada al pasar el tiempo.»

«La muchacha americana moderna es muy distinta de sus antecesoras.»

«La dama obediente, sufrida, delicada del siglo XIX está tan muerta como el Yo-yo.»

«No hay dos sociedades en que los dos sexos sean tratados de igual forma» (7).

El problema «eterno» ha sido enfocado nuevamente y aclarado científicamente en la mente de los individuos y en las estructuras de las convivencias.

Como veremos en este análisis de los últimos dos mil años de las diversas sociedades conocidas, la mujer ha padecido siempre una posición social inferior que repercutió hondamente en ella. Psicólogos, médicos, sociólogos, tendrán que determinar si esta inferioridad obligada es un factor importante en la dinámica vital actual y si se ha transmitido de generación en generación con detrimento del alma y cuerpo de la mujer.

La feminidad como tal es un prejuicio cultural que ahe-
reña a la mujer...

Creemos que esta supeditación y esclavitud histórica no es biológica ni fundamental y hubiera devenido una tara eterna para la mujer, siempre que ella se conformara con la situación estática, mas la misma evolución social en estas sociedades, el avance de la conciencia humana que es una sola, enfocó con la razón crítica el problema. Las mejores y más libres mentalidades trataron de solucionarlo por el camino de la justicia. Había que eliminar los efectos acumulados secularmente el camino de la justicia. Había que eliminar los efectos acumulados secularmente por este concepto de inferioridades que según unos se lo habían enviado los dioses, y según otros las costumbres irracionales, bárbaras y tradicionales de todos los tiempos y finalmente la respetada de los grupos sociales, desde el antiguo clan hasta la Unión Americana de 1954 (8).

Dr. Juan LAZARTE

(7) A.W. Fogburu y M.F. Ninkoff: «Sociología», pág. 273.

(8) Habrá siempre quien crea en la superioridad de la mujer: «Es un hecho científico, es decir, que puede ser verificado por cualquiera que desee tomarse la molestia de hacerlo el de la superioridad natural de la mujer frente al hombre, y añadiré que todos deberíamos congratularnos de ello, porque en ese hecho se cifran las esperanzas del género humano. El riesgo más importante que el ser humano presenta en materia de aptitud es la adaptabilidad». Ansely Montagu: *La mujer es superior al hombre*. Correo de la Unesco. Número dedicado a la mujer...

TIPOS ESPAÑOLES

EMILIA PARDO BAZÁN

GRANJERA CORUÑESA



ARLISMO y misticismo. Estas dos características tiene la obra primeriza de Emilia Pardo Bazán. Después del misticismo y del carlismo, cierto sentimiento—muy aguado o diluido—de patria precaria y chillona. A ratos, vértigo condal. Pero lo que verdaderamente sintió con frenesi fué la pasión de vivir por su cuenta y riesgo. Y recordemos que el riesgo no era pequeño en su tiempo pacato.

A fin de siglo estaba ella en la cima literaria. Como ningún plumífero sintió el cambio de clima novelesco. ¿Iba España arrinconando aficiones añejas? El romanticismo expiraba como un personaje de Echegaray con las manos cómicamente crispadas. ¿Quedaba la patria después del flamenco y desastrado 98? ¿Qué patria? Porque la patria española era un desierto polvoriento con quince o veinte millones de esteparios. Los mejores de éstos eran descamisados y analfabetos, anarquistas y gitanos.

Había una literatura inconformista. Bien. Siempre la hubo en la oposición política, culminante siglos atrás en Quedo. Pero Emilia Pardo Bazán no era de la oposición política. Era de la oposición valerosa de la mujer contra el hombre. En España esta cruda y muchas veces heroica lucha de Eva contra un Adán de pantalón caedizo, inteligencia roma y hábitos autoritarios, ha tenido episodios admirables. La mejor literatura costumbrista demuestra que el español es un pazguato. En los géneros populares—romanza, letrilla, sainete, verso, zarzuela, entremés—los hombres son unos perfectos idiotas como en la realidad y las mujeres siempre resuelven con inteligencia los problemas que los hombres quieren resolver a cintarazos. En todos los sainetes de Ramón de la Cruz los hombres son verdaderas calamidades y sólo las mujeres tienen sentido.

La robusta condesa de Pardo Bazán anduvo siempre entre la más extraña fauna. Tan pronto se ponía a retozar con los corderillos de Asís como retrataba recodos y tipos de su Coruña tan recordada—Marineda—o explicaba literatura moderna en una cátedra oficial. Algunos lobeznos de Coria como Cánovas y Castelar eran sus contertulios, pero la escritora prefería a estos lobeznos deteriorados por la política el rugido de un tigre de Bengala como Blasco Ibáñez, que se batía cada semana y a las pocas horas parecía

tan campechano como un dulzainero si se reía de los partidos.

Emilia Pardo Bazán puso medias suelas al romanticismo, como Fernán Caballero. Eran unas medias suelas de realismo zolesco. La novela del siglo pasado, en su segunda mitad, porque en la primera no existía apenas ya que sólo se leían malos folletones traducidos, fué un conjunto excesivamente frondoso de endechas amorosas y jaculatorias religiosas. En realidad se escribían novelas para guiar a los lectores al cielo y pasar el rato con un entretenimiento inocente. Una novela era una letanía. Valera el melifluo parecía o quería parecer demoníaco y todas sus heroínas son inteligentes, como sus héroes torpes. Alarcón recogía las pesadas chanzas del corregidor y la picardía inteligente de la molinera. Galdós hacia el amor a Clío maquillada, tatuada con estampilla, liosa, sin entronque con las realidades privadas ni con la vida cotidiana aunque ésta pintara bien a veces, más por intuición que por compulsión. Trueba parecía un arcángel rosado y Pereda un azucarado cura cazador. El jesuita Coloma había bebido a la vez que en Zola en la fuente idílica de la lozana andaluza autora de «La Gaviota». Campoamor era un supuesto poeta endiabulado completamente, afeminado por la empalagosa fruición de definir como sicalipsis el amor, fruición que ninguna poetisa sintió más que al sentirse presumida como un marimacho. Palacio Valdés era un novelista tan azucarado como hoy Pérez y Pérez, Nuñez de Arce una mirliflor y Picón una monja.

En medio de la pléyade afeminada, Emilia Pardo Bazán era viril, voluminosa y retrechera como una gitana leída. Su vida fué poco de convento. Con independencia que los hombres eran incapaces de sentir se puso a los maldicientes por montera. Escribió la vida de Francisco de Asís, el poverello, como una síntesis laica y atribuyó al paisaje de Galicia un cierto familiar panteísmo. Arrancar a Francisco de Asís del cielo fué tarea algo diabólica, tarea titánica cuando se vice entre congregantes y sacristanes. ¡Qué mujeres las españolas si encontraran hombres en vez de gallinas! Cuando se refiere la Pardo Bazán a Francisco de Asís como hombre, los acentos de la autora son originales y convencidos; cuando se refiere a Francisco de Asís como inquilino de altar fracasa la escritora entre nubes de convencional incienso.

Demasiados santos de ritual y breviario. Con curiosidad intelectual iba Emilia Pardo Bazán por pazos y corredoiras,

lo mismo que de salón en salón. No quería encontrar ningún santo. No quería aumentar el repertorio de bienaventurados ni reproducir con lírica lluciosa, como Rosalía de Castro, la morriña galaica y el paisaje melancólico. Se burlaba de los varones plegadizos y fosforescentes. «Tenía muchos hoyuelos en la cara rebosando salud y alegría, y, un temperamento eminentemente varonil, pero exento siempre de pedantería.» Estas palabras son de Kasabal y confirman, con el «pero» tal vez subconsciente, la verdad de que la pedantería en España es masculina por derecho propio.

Como es masculina la debilidad y el charlatanismo. Para que una mujer sea profesional de los mitines, como oyente de las balandronadas que se repiten en ellos, siempre las mismas, ha de ser una mujer de pura vagancia, enemiga del paisaje y del libro, amiga de la oratoria de hojadelata que se prodiga en los actos públicos, pues no ha surgido todavía ningún orador, ni siquiera de latón. El profesional oyente de mitines es hombre, como es también actor de todas las guerras el hombre, legislador, magistrado y verdugo. Hay seguridad absoluta de que ninguna autoridad podría hallar mujeres para el oficio de verdugo, y halla, en cambio, todos los hombres que quiere.

No se trata ahora de galantería. Sería una cosa trasnochada. Es, sencillamente, constatar hechos. La mujer puede estar aquejada de incontinencia palabrera, pero no hace de ella oficio como el político y el charlatán de mitin. Puede tener instintos autoritarios, pero no los pone en ninguna nómina, ni hace de ellos granjería como los políticos y los tribunos obreristas o burgueses. Emilia Pardo Bazán creía en la superioridad de la mujer sobre el hombre. No comprender esta superioridad es la tragedia de España, que vive todavía en la edad de piedra, edad de iberos pétreos, edad barroqueña de hombres puntillosos y aquejados de narcisismo o absolutamente toscos, ariscos y reaccionarios.

En 1907 hubo en Madrid un asesinato seguido de suicidio. De un navajazo, cierto flamenco, partió el corazón de una mujer—porque la amaba—y luego se partió el corazón a navajazo sucio el asesino. Al referirse a aquella salvajada—ocurrió en la calle de las Huertas—Emilia Pardo Bazán evoca a Barrès, quien dijo que España era «el país más desenfrenado del mundo». He aquí el comentario de la Pardo Bazán: «No hubo agonía, no hubo quejidos, ni el más leve indicio de que aquellos dos cuerpos humanos extendidos el uno al lado del otro eran dos cadáveres. Hermoso caso, ¿verdad, Barrès? Stendhal diría del asesino suicida de la calle de las Huertas, que era todo un hombre.» Y añade la Pardo Bazán: «Lo mismo puede decirse que era todo un jabalí.»

En esta frase está condensado el más justo desprecio para la bestia humana con pantalones, y aun para los escritores hispanistas de entierro como Barrès. Si la bestia humana con pantalones tiene aficiones crueles, la cima de esas aficiones crueles es la política. Emilia Pardo Bazán trataba a muchos políticos achaquientos. Leed lo que dice de ellos en una crónica: «Tampoco en Bélgica ni en Inglaterra, naciones donde el parlamentarismo nos figuramos que brota del suelo como planta indígena, son las elecciones ni las Cortes expresión del mandato y de la voluntad popular. También allí para los diputados son letra muerta los intereses altos y generales, y sólo importan los relativos y ocasionales que pueden influir en la conservación del distrito y, por consiguiente, en el propio medro.»

Es la novela, para Emilia Pardo Bazán, una especie de juego de prendas, aunque de prendas casi recién llegadas.

No quería poner en solfa al catolicismo, pero leed lo que dice en cierto artículo de 1897, con un convencimiento expresamente declarado de conformidad: «En otras naciones el escritor envidia al escritor, la hermosa a la hermosa, el banquero al banquero, pero España ofrece la particularidad de que los curas envidian a las bailarinas, los pintores a los toreros, los notarios a los tenores, y así por el estilo.»

Carlos, el pretendiente al trono de España—un barroqueño, un pobre hombre—tachó los escritos de Emilia Pardo Bazán de liberales, protervos y escandalosos. ¿Y sigue el pétreo masculinismo cerril, la cornada del berrendo español que asesina a la mujer y la degüella, sin vencerla más que a traición, a fuerza bruta y puñalada traperal!

Siempre resalta la superioridad de la mujer. Ella cuida de la prole en los años más comprometidos; ella soluciona el problema del paro que no sabe solucionar el hombre y ella va a trabajar para que muchas veces pueda el gandul fumar y darse a la bebida. Cuando el hombre trata a los hijos como quiere, los lleva a la taberna y les enseña a asistir a los mitines o bien les obliga, a los doce años, a trabajar—con protesta de la madre—en una tarea extenuadora.

Emilia Pardo Bazán tenía conciencia de estas contradicciones. Escribía una crónica cada quincena en cierta publicación barcelonesa, alternando con Castelar, en 1897. Trataba éste siempre temas de cuestiones diplomáticas—en las que había fracasado siempre como gobernante—y de política faraónica. Decía, por ejemplo: «La pobre tierra nuestra, de paz ávida y de paz necesitada para que pueda el espíritu humano continuar por el trabajo la creación divina hecha por el verbo, sufre las más extraordinarias plagas, el azote de la guerra difundida por todas partes...» Estas y otras babilónicas palabras contrastan con otras de la Pardo Bazán, narrando sencillamente los inconvenientes del teléfono mal instalado, la profusión de rosas verdes en su granja de Meiras o el arte de confeccionar un postre, aunque no dejara de acumular insensateces a veces como al hacer la necrología almibarada de Cánovas y referirse, con elogio, a otros viles personajes por el estilo, personajes que organizaban asesinatos definadamente crueles en Cuba, en España, en Puerto Rico y en Filipinas. No sabía la escritora que los hechos justicieros de Rusia se debieran a mujeres de convicciones revolucionarias más que a hombres, que Cánovas moría, y no a manos de ningún español, por su recalcitante tozudez absolutista de acción, por su desprecio a la vida de los españoles y no de los italianos.

El sentimiento de patria es tan artificial, que siempre podréis ver a los patriotas, en su periodo álgido, identificados con enfermos. Hay patriotas que al hablar en una tribuna de la patria sacrosanta, parece que se quejan de que les duele el hígado; otros patriotas parecen beodos delirantes, y todos los oyentes dirían que les duele el vino a los oradores allá en la profundidad de su cueva craneana. Emilia Pardo Bazán sentía el patriotismo jocoso, como si jugara a prendas en la suerte algo taurina, aunque de salón, que se llama «hacer un favor y un disfavor». De sus escritos podían destacarse afirmaciones patrióticas y antipatrióticas, respetuosas y otras veces colterianas. Veamos. Patriocio de la Escosura era un académico, enemigo jurado de que las mujeres ingresaran en la Academia, y decía que antes tenían que entrar en quintas. ¡Olé los hombres quintando para ir a matar! Emilia Pardo Bazán escribió una carta a cierta señora que fracasó en su empeño de entrar en la Academia. Recordaba la novelista de Marineda que

ya Feijóo, un tonsurado, es decir, un no-hombre, tuvo que refutar el soez argumento masculino que atribuía el nacimiento de la hembra «a una insuficiencia o descuido de las fuerzas naturales, pues la Naturaleza, en no cogiéndola descuidada, siempre produce varones». Y añade la Pardo Bazán burlándose de los hombres: «El aura de mi supuesta candidatura sopló desde fuera de la Academia, y desde dentro dieron un portazo, temerosos (los hombres) de una pulmonía... En la tertulia de los hombres solos, no hay nada más fastidioso que una señora.» Se refiere a las tertulias académicas, cuando los académicos, viejos verdes por lo regular, hacen chistes concupiscentes y cuentan chascarrillos de taberna.

La novelista piensa que ella es una pulmonía para los atribuida a dioses, y a la vez un ejemplario de lucidez fonso llamado el Sabio, que abominaba de las mujeres y como los masculinistas de 1889 invocaban al rey plagario de las cantigas y de las malas partidas contra las faldas, escribía la Pardo Bazán que los mismos académicos no partidarios de que fueran a la Academia las mujeres, eran partidarios de que fueran al trono. Indudablemente señalaba al celebrísimo y superferolítico Pezuela, el general más isabelino de España a la vez que director de la Academia y escritor que tradujo obras maestras italianas con la misma insolvencia que emplearía Pérez Madrigal para traducir el Pentateuco.

Claro que Emilia Pardo Bazán exceptuaba de su enojo a los notorios feministas: Quintana, Hartenbusch, Pastor Díaz, Molins, Pacheco, y alababa al único hombre de relieve que se negó dignamente a ser académico—Gayangos—, pero proclamaba su candidatura perpetua a la Academia. Probablemente querría abotar a aquellos desdichados académicos de chabacanería andante. Hubiera sido, con todo, mucho más gallardo en ella reírse de la Academia sin querer entrar, recordando que el 2 de noviembre de 1784 la iletrada marquesa de Guadalcázar fué recibida en la indocta corporación. Las cartas a que aludo en este trabajo, están en «El correo» de Madrid de 1889 y en «La América» de Nueva York del mismo año, y pueden leerse reproducidas en la «Vida de Gertrudis Gómez de Acellaneda», por E. Boxhorn (1929).

La Mitología es un laberinto de torpezas de los hombres, atribuida a dioses, y a la vez un ejemplario de lucidez femenina. Asombra la seguridad crítica de las mujeres no envenenadas por el culto a los trapos, al espejo o a la política. Las mujeres políticas en España y fuera, son unas calamidades. Recordemos que la socialista Margarita Nelken colaboró, de manera ultraburguesa y almibarada, en «Blanco y Negro», órgano de Alfonso 13, y ahora es un servil resonador soviético. Cuando «Blanco y Negro» dedicó un número al Romanticismo el 4 de enero de 1931, Margarita Nelken escribió el artículo más redicho, lisonjero y halagador para la gente de dinero. De Victoria Kent más vale no hablar, porque los que estuvimos presos bajo su

contundente patricio cuando los guardias de asalto entraban a la cárcel a apalearnos, la conocemos bien. ¿Y Clara Campoamor? Ni siquiera la quieren los lerrouxistas, a los que ni gratis nadie quiere ver. «Los negocios van mal—dice un almacenista—: ni siquiera compran los clientes que nunca pagan.»

Creía Emilia Pardo Bazán que es imposible engañar a un gallego, como si el gallego no fuera engañado constantemente y hasta vendido en canal por curiales, burgueses y políticos. Ella vivía en un salón de marfil al margen de necesidades y apuros. Era muy criticada por criar a los hijos ella misma, y se defendía del reproche con rubor excesivo. Silcela dijo de ella que era la Staël española, y no faltó quien la comparara a la Sevigné, a Jorge Sand y a Turguenev. ¡Exageraciones! La novelista gallega era muy sensible, y en «La Tribuna» es donde menos lo demostró, porque quiso pintar al pueblo sin conocerlo. En cambio, la cuestión del naturalismo novelesco lo trató con despejo en «La cuestión palpitante», que no era tan palpitante como creía la granjera coruñesa autora de «Los Pazos de Ulloa».

El estilo que emplea es rico en recursos fáciles. Tiene siempre un prurito de adornar los textos y de adornarse con la preocupación de no desmerecer si se compara su obra con la de los escritores. Esta preocupación no fué muy favorable para ella. En sus «Memorias de un solterón», se recuerda «El buey suelto» de Pereda. Su otra preocupación fué «estar al día» en novedades literarias. Azorín es más clásico que ella y más joven a la vez. Emilia Pardo Bazán fracasa en sus cuentos cortesanos. En los idilios rurales, sobra salón; es decir, sobra observatorio lejano y arrope.

Se cuenta de Napoleón que envió al conde de Narbona a cumplir un encargo a Rusia. Era en tiempos de vacas gordas.

—¿Qué se dice de mí por el mundo?—preguntó el emperador al conde con malicia de escamado.

—Que sois un dios.

—¿Hay acuerdo en esa opinión? ¿Es unánime?

—¿De ninguna manera!

—¿Pues qué creen otros?

—Que sois un diablo... ¡Nadie dice que sois un hombre! Admirable frase, con la que debieron estar conformes las dos esposas públicas de Napoleón, puesto que las dos se dedicaron a dotar de apéndices córneos al emperador. Los hombres adoraban a éste como si fuera un dios, y las mujeres lo burlaban.

Al final de uno de los «Cuentos de Marinada» de Emilia Pardo Bazán, el titulado «La dama joven», hay una frase sin par, que define, como la del conde de Narbona, los instintos de asalto y de hipocresía del macho, del bipedo implume, protagonista de masacres y sermones, laicos o no: «—¿Ese?—exclamó Estrella cortando con los dientes la punta del puro—. Lo que le dará ese bárbaro, será un chi-quillo cada año y, si se descuida, una paliza...»

Felipe ALAIZ



¿QUIEN «MANDA» HOY LITERARIAMENTE?



HACE ya de esto algunos años, yo sostuve en una encuesta que, hechas algunas convenientes salvedades, la novelística que mundialmente daba el tono y la punta, la que «mandaba»—en el sentido orteguiano de este verbo—era la norteamericana. Aquella afirmación encontró ciertas resistencias por parte de determinados sectores literarios de procedencia europea. Era—es—natural. Tradicionalmente, secularmente, hemos vivido tan sometidos no sólo a la idea sino al hecho de que la gran «mandona» y aun la gran mandarina literaria fuese Europa, que ahora, al desplazarse de pronto la brújula imperativa hacia un sector nuevo, juvenil y sin «antecedentes venerables», como lo es el yanqui, nos costara algún esfuerzo admitir esa evidente realidad del cambio o desplazamiento. Es, **grosso modo**, lo que ha acontecido en todo tiempo cuando las culturas mudaron de centro y polo magnético. Fué necesario que transcurrieran muchos años para que las mentes se habituaran a la idea de semejantes mutaciones. Y ello no sin reservas, reticencias y distinciones.

Pero, querámoslo o no, el hecho parece hoy evidente y concluyente. Los Estados Unidos se han impuesto literariamente en nuestros días. Se les sigue, se les imita, se les toma por norma o por modelo. En una palabra: dictan cátedra. El diapasón de la «moda literaria» no suena hoy en París, ni en Londres, ni en Berlín, sino en la pujante poderosa República del Norte. La adjetivación de «pujante» y «poderosa» no responde aquí a mero capricho ni una redacción casual. Responde al histórico hecho, comprobado, de que la imposición y difusión de una cultura—y por ende, de un cuño o sello literario—está en relación directa con su pujanza y poderío material. La España de Carlos V y de los dos Felipes dejó su impronta literaria en Europa porque, independientemente de su valor, en aquella sazón su dominio por las armas y por los métodos políticos pesaba en el viejo mundo. Y si en la Francia del Rey Sol ocurrió cosa análoga fué porque, bajo la sombra de aquel monarca absolutista, su país «galleaba» en Europa. Es difícil desligar una consecuencia de otra. Material y políticamente, son ahora los Estados Unidos quienes pesan en el mundo; y el resultado inmediato

es que pesen también literariamente. (Por eso—dicho sea marginalmente y sin ámbito polémico—, a nosotros, los hijos de estos países de habla hispana, sin poderíos materiales, nos toca y nos tocará por largo tiempo desempeñar el papel de segundones dentro de la familia literaria mundial, independientemente de la posible excelencia de nuestra contribución a las letras universales.)

Tratando de eludir, o al menos de compartir con Europa, ese hecho ya innegable del mandarinato novelístico de los Estados Unidos, una revista literaria catalana dice, simplificando las cosas, que si bien la tónica actual está dada por los yanquis, son dos hombres: uno europeo, otro no, quienes la siguen imponiendo en forma monótona y aburrida: Kafka y Faulkner. A tal punto y con tan servil sujeción a esos modelos, que la novelística del Occidente parece definitivamente atacada de «kafkitis» y «faulkneritis». Es una epidemia irremediable. El bacilo «kafka» y el bacilo «faulkner» equivaldrían, novelísticamente hablando, al de la gripe o el resfrío. Están en todos los ambientes y se introducen en todas las gargantas. La «kafkitis» y la «faulkneritis» es la enfermedad de moda. Se «kalkfiza» y se «faulkneriza»...

Nos parece que hay excesivo rigor y excesiva simplificación generalizadora en ese aserto, sin negarle por ello cierta dosis de realidad. Kafka y Faulkner han gravitado y gravitan quizás desmesuradamente sobre la actual novelística, pero no como para dividir el mundo de las letras entre kafkistas y faulkneristas. Hay muchos sectores que escapan a esa cuadrícula cerrada, y hay también otros autores que ejercen pesado influjo sobre la novelística juvenil contemporánea. Autores principalmente—y a esto es a lo que íbamos—de los Estados Unidos, de ese país, que, por las causas que sean y nos guste o no nos guste, «manda» en las letras actuales. (Kafka anda ya muy alicaído en Europa; y se dice que en las librerías de Praga, su ciudad natal, sus obras apenas se solicitan.)

Amplificando un poco el panorama y sin distinguos ahora de capillas o de estilos personales, creo que ese señero dominio arranca de todo un equipo o grupo literario que incluye por igual a los Dos Passos y a los Faulkner, a los Hemingway y a los Steinbeck, a los Erskine Caldwell y a los Wolfe, a los James

T. Farrel y a los Warren, etc.; a todos esos componentes, principalmente, de la que Gertrude Stein llamó—sin que se sepa por qué—«la generación perdida». A todos esos componentes y a aquellos que le siguen en el tiempo y que incluso, les preceden en el tiempo: los Theodore Dreiser, los Upton Sinclair y los Sinclair Lewis, por ejemplo. A muchos de estos novelistas le ha podido encontrar la crítica europea fallas de tipo estilístico, o bien de forma, fondo y asunto. De Hemingway ha podido decir que es descarnado y descuidado. De Faulkner, que es hermético, sibilino y desolador. De Erskine Caldwell—como acabo de leer en un semanario parisiense—que «il a finit par se répéter tellement qu'il a l'air de jouer avec ses orteils»... Son arañazos, picotazos «críticos» que no afectan para nada a la obra general. Lo cierto es que esos autores, desde la elevada prominencia en que los sitúa el hecho de pertenecer a un país materialmente poderoso, han impuesto una novelística propia; una novelística que se caracteriza por nuevos procedimientos técnicos, por su sorprendente libertad de pensamiento y de expresión, por su disconformismo renovador, por su superación del localismo provinciano, por su salida audaz hacia la búsqueda de los grandes problemas humanos y universales. En suma se han colocado literariamente a la altura de ese perspectivismo mundial, de ese mandarínato mundial—alguien dirá «imperialismo»—que a la hora presente ejerce también su patria en el terreno bélico, económico y político. Son dos hechos que, por causas quizás no bien averiguadas to-

davía, han sabido marchar siempre emparejados en la historia.

Y nótese que sólo hemos aludido a la novela. Porque si de aquí pasamos a la parcela del teatro, la imposición, el «mandonismo» es parecido. La dramaturgia de los O'Neill, de los Robert E. Sherwood, de los Thornton Wilder, de los Miller, de los Tennessee Williams—por no citar sino a los más conocidos—priva en la escena mundial y se le imita. La razón—al menos, una de las razones—es el designio de esos hombres de buscar, de ir a los profundos temas humanos y no a los argumentos de actualidad y circunstancias. Tennessee Williams, por ejemplo, acaba de decirlo con sencillez, humildad y claridad. «Todas las cosas—explica el autor de «Un tranvía llamado deseo»—han sido dichas y redichas. Yo no tengo mensaje nuevo alguno que decir y comprendo perfectamente que algunos escritores propongan una literatura de «compromiso», que se preocupen por la vida social cuando son sinceros. En cuanto a mí, mi interés se centra en el corazón humano, y siento que tengo mucho más que decir en ese dominio del corazón que en el de la discusión política»...

Es una confesión de propósitos y una postura ante el arte teatral que explicaría sus éxitos. Ninguno de los grandes dramaturgos universales—Shakespeare Lope de Vega, los mismos trágicos griegos—se expresarían de otro modo...

Rosa ARCINIEGA



Bajorrelieve encontrado en las minas de la ciudad ibera descubierta en Santa Coloma de Gramanet (Barcelona)

IDEAS, LINEAS Y COLORES

El Greco en pequeño

«Todo en este artista es un anhelo ascensional hacia un mundo, en todos los sentidos, mejor.

M. FERNANDEZ ALMAGRO.



ESTE hombre que se llamó Domenico Theotópuli vió la luz de la vida en la isla de Creta, un día del mes de abril del año 1545, pasando muy joven a Italia (cuna del arte) y más tarde a España, donde en la ciudad de Toledo fijó su residencia y afincó su vida familiar, social y artística, pues allí mismo murió a los sesenta y cinco años de edad.

Resultaría prolijo y quizá pretencioso para una pluma neófita como es la que esto escribe, el hacer aquí la riquísima biografía de este genial pintor «forastero» que ha sido, sin duda, el padre legítimo, la inconfundible matriz inspiradora de toda la historia de la pintura ibérica. Limitémonos a señalar que llegó a la iberojudeomorisca ciudad del Tajo en el meridiano de su vida, y apenas cuando las esquivas y sublimes musas del genio creador comenzaron a besar su ancha y todavía tersa frente de treinta y tantos años.

Para medir el alcance que tuvo la influencia del ambiente toledano en el espíritu del artista, y en relación a su tierra natal, citaremos aquí la expresiva estrofa de un verso que a su intención hizo un famoso poeta de la época Hortensia F. Paravicino, que además era amigo íntimo de Domenico:

«Creta le dió la vida,
y los pinceles Toledo».

Resulta verdaderamente extraño, singular, que en aquel rincón castellano, de horizontes tan agrios, tan pálidos y toscos, donde sólo la lámina verdi-blanca del Tajo daba un acento de color al ambiente, en aquel medio tan visiblemente hostil, donde tropezaba a cada instante con la lengua y las costumbres, con las tradiciones, con las leyes y con clérigos estúpidos, es un tanto extraño—repetimos—el que este hombre llegara a interpretar en tan breve tiempo y mejor que nadie, el paisaje, el clima social, la luz, el nervio y el pulso espiritual de la España de aquel tiempo, proyectada hacia todos los tiempos.

El Greco fué a Toledo a pintar por encargo, pero pronto echó sobre sí mismo la carga gloriosa, de pintar las cosas y los hombres de Castilla con una autenticidad, con un verismo, con unas tan raras cualidades en el color y el «sabor» que ha llegado a ocupar, por ello, el más alto sitio admirativo de la crítica pictórica contemporánea. Fué, por así decirlo, el artista que se tragó a España de un bocado y la fué exhalando, después, por la vía sensitiva de su pin-

cel maravilloso y revolucionario. El arte, como las ideas manumisoras no tienen patria. El Greco lo demostró concluyentemente pegándose a la tierra toledana e interpretando desde allí todo un grandioso y múltiple mapamundi de estética, de sensibilidad, de humanismo, de línea, de luz y de color, que nadie hasta hoy ha llegado a superar.

Como a todo hombre de genio no le faltaron al Greco enemigos y detractores. Algunos, muy poderosos, surgieron de ese mundillo agusanado de la crítica y la maledicencia envidiosas que lo motejaban de «extranjero mercenario». Le reprochaban también, su carencia de personalidad artística, de genio creador, de valor intelectual propio, arguyendo que su arte no era otra cosa que un buen plagio del estilo del Tiziano, su antiguo maestro de Roma. Es cierto lo del maestro, pero es falaz lo de la imitación, como también es verídica la honda huella que dejara en su espíritu la gozosa contemplación de los magníficos «frescos» de Miguel Angel que ornan privilegiadamente la «sala sixtina».

La verdad pura y simple es que cuando Domenico llega a Toledo empieza a pintar con musa propia, saltándose a la torera los cánones, los principios y las reglas que hasta entonces observaban religiosamente los grandes maestros de Roma. Los venerados altares estéticos del romanticismo y el clasicismo saltaron en mil pedazos ante la fuerza explosiva de los pinceles del Greco. Sus primeras obras producen asombro y escándalo en aquella sociedad decadente de Felipe II, pegada con el alquitrán expansivo del catolicismo a las tradiciones negativas, a los prejuicios y a la rutina de los siglos.

Por aquella época se estaban pintando las paredes y las capillas del Escorial (ese gran almacén de huesos dinásticos, en el que faltaban para el colmo de la podredumbre ética los del fundador de la Falange) y nuestro hombre fué—menos mal—solicitado también para tan magna empresa. Era la más cara ambición de los maestros de entonces. El Greco presentó a Felipe II, que era más docto en teología que en Bellas Artes, un san Mauricio, tan real, tan vivo ¡tan hombre!, tan «disonante» y «anárquico» que su majestad lo rechazó sin vacilaciones, negándose a que fuera a presidir el altar para el que estaba destinado.

La mayoría de los cuadros célebres del Greco son de alusión religiosa, pero la vocación naturalista, el hondo concepto de la vida, el recio ideal estético que le dominaba, permitieron darles un matiz tan especial que allí no se sabe realmente dónde empieza lo divino y dónde termina lo humano. Adelantándose a Murillo pintó vírgenes. La gloria la troca en infierno. A Cristo le da un tono carnal y «machote» capaz de elevar hasta el paroxismo los delirios sensuales de Teresa de Jesús y el «cachondeo» iconoclasta de la «Hermana San Sulpicio».

Un cuadro muy destacable es el retrato que hiciera al «Gran Inquisidor», Cardenal D. Fernando Niño de Gue-

vara, personaje muy influyente y admirado (?) de la corte castellana. ¡Hay que verlo de cerca! Es realmente extraordinario. Jamás podrá asomarse a la ventana de un rostro tanta insolencia, tanta soberbia, tantas y tan redondas muestras de los tormentos atroces, de la crueldad y el encapuchado cerrilismo que distinguían a la Inquisición española y a sus magnates.

Este indicidio, según cuenta la historia oficial, se caracterizó en su tiempo «por sus grandes dotes de integridad, piedad y jurisprudencia». El pincel del cretense que lo ha «historiado» indefectiblemente dice, como pueden ver nuestros lectores, todo lo contrario.

Y lo curioso del caso es que su dueño, algo ducho en bellas artes, guardó siempre al «retrato» un cariño y una estima muy remarcables. El Greco, como Cervantes, como Quevedo (los tres casi de la misma esplendorosa quinta ibérica) ridiculizan simultáneamente a la corrupta sociedad de su tiempo, resaltando las taras de los más grandes magnates, sin que éstos se aperciban y hasta a veces con su propia y circense aprobación.

✱

De los cuadros más valiosos del Greco merecen citarse «El Expolio», «El entierro del conde de Orgaz», «San Mauricio», «La Verónica», «El caballero de la mano en el pecho», «Los mercaderes del templo» y «El gran inquisidor Nuño de Guevara». Una buena parte de éstos y otros riquísimos originales se hallan hoy fuera de nuestro culpable país. Unos en Francia, otros en Rumania, los más en la América dolariana, adquiridos todos a peso de oro. Los que los han vendido por ambición o por cretinismo deben tener el alma más negra que el Judas de los treinta dineros, o que el propio Franco, el cual mil veces perjuro, declaró una guerra fratricida para darse el gusto de bailar la danza del poder azul sobre dos millones y pico de cadáveres.

Como indicamos más arriba este gran precursor de la pintura ibérica ha sido, por su origen extranjero, duramente maltratado por la crítica y hasta casi olvidado en los catálogos de los centros más importantes y en las exposiciones clásicas de la Península. Hasta hace unos años su nombre no figuraba en la lista de los grandes maestros españoles de la Academia de Bellas Artes de Madrid. El propio Blasco Ibáñez, en su hermosa obra «La Maja Desnuda», apenas se para en unos renglones para aludir friamente a

las «figuras santas y esbeltas del Greco» mientras dedica capítulos enteros a exaltar gloriosamente la vida y las obras de Velázquez, de Murillo, de Goya. ¡Y sin embargo, todos estos maestros fueron, sin duda alguna, discípulos subjetivos del primero!

El estilo artístico del cretense era sumamente personal y único, lo que le permite imprimir a sus lienzos, a sus relieves y a sus esculturas el sello constructivo de temperamento ardoroso, idealista y robustamente «anárquico». Por sus diseños «disformes», por lo alargado de las figuras, por la audacia lineal, por el colorido atormentado y tenue, pero sorprendentemente vital, al «Greco» le llaman el artista loco, el rebelde, el audaz. «Sólo una mente enfermiza podía pintar las cosas de la naturaleza y las almas con esos tonos tan fuera de lo común». Así opinaban muchos críticos de su época, y el propio pueblo profano acostumbrado, a contemplar las pinturas religiosas en colores chillones, acaramelados y de formas intencionalmente mitológicas.

El Greco, a parte de ser el creador del naturalismo, con la instrucción feliz de los «blancos y los negros» jugando armoniosamente en las más dilatadas composiciones, es el primer anuncio serio que se conoce de la moderna escuela «impresionista». La originalidad que posee el maestro para amalgamar e independizar los colores más puros, adaptados a la naturalidad de los objetos y los seres es algo consustancial a su genio y a su carácter que se saturaron hasta el tuétano del cielo, de la tierra, de los corazones y del clima mural toledano. Toda su obra no es perfecta (¿vano empeño!) pero lo bueno del Greco no lo ha superado nadie. Sin él, Velázquez, el vanidoso maestro de la pintura realista y cortesana, no hubiera podido existir. Sus cuadros dejan percibir en medio de una factura mejor lograda, es decir más pulida, más perfecta, los acentos briosos, audaces, geniales y soberbios de su admirado precursor «El Greco».

A partir de entonces el realismo, el impresionismo y el simbolismo se fueron abriendo paso con ademanes resueltos, llegando a alcanzar con Murillo, Goya, Romero de Torres, Zurbarán y Picasso, las más áureas cumbres del arte, la belleza, la naturaleza, el humanismo y la emoción social de la vida, sin lo cual la pintura, como cualquier otra de las Bellas Artes, queda, comparativamente, reducida a un burdo escaparate ferial de bisutería.

Conrado LIZCANO

«El Gran Inquisidor Nuño de Guevara», cuadro del Greco.



ANTOLOGÍA

LA HIDRA CLERICAL

*Rodando del planeta por el espacio inmenso,
envueltos en las sombras e infundiendo el terror,
¿hacia dónde caminan los que de negro intenso
se visten, y del pueblo explotan el candor?*

*«Nosotros aspiramos a dominar la tierra,
y con Jesús ser reyes que todo lo avasallen,
haciendo que en el llano lo mismo que en la sierra,
derrotados los libres ante nosotros callen.*

*«Queremos ver al diezmo de nuevo establecido,
y encendida la hoguera de llama-abrasadora;
queremos que a Dios padre adore el afligido,
y se pase rezando del ocaso a la aurora».*

*Hombres negros que al pueblo tanto daño habéis hecho,
ya llena la medida, pronto va a rebosar;
del oprimido esclavo hoy se dilata el pecho
y el Dios de odio y venganza rodará del altar.*

*Entonces la voz ronca del clérigo inhumano,
calló y la mano negra al punto retiró:
llevándose a su dueño el terrible tirano,
y el hombre, al fin, ya libre y feliz se miró.*

LUISA MICHEL.

*Dios es un fante que se substrahe a toda inves-
tigación científica, para ir a refugiarse en el cere-
bro de los ignorantes. — (X).*

*La cruz mata, y el hombre quiere vivir. Somos
hombres que es vida, y no cruz que es muerte. —
Leon TOLSTOI.*

*En todo pueblo hay una lámpara que ilumina: la
libre escuela; y un demonio que sopla contra ella:
el fraile. — DIDEROT.*

*La cruz era el patíbulo con que ajusticiaba la
«justicia» autoritaria en Galilea, en los tiempos de
Herodes, lo mismo que ahora se «ajusticia» con la
horca, el garrote, la guillotina o la silla eléctrica. —
Juan GRAVE.*

*¡El amor de Dios! ¿Qué infamias no se han come-
tido por el amor de Dios? ¿Qué cadalsos no han sido
inundados de sangre por el amor de Dios? ¿Qué*

*autos de fe no han sido encendidos por el amor de
Dios? ¡El amor de Dios! ¿Y por quién ha sido embru-
tecida la inteligencia humana? ¿Por quién, hoy toda-
vía, encadena el espíritu la educación religiosa desde
la más tierna infancia? — Max STIRNER.*

*La biblia, el breviario, los evangelios, el cate-
cismo, las epístolas, los milagros, las revelaciones y
demás sandeces, aun para el hombre más cretino
de la Tierra no son ciencia ni pueden serlo, porque
la ciencia es una cosa demasiado seria, para ocu-
parse de semejantes dislates. — (X).*

*La influencia religiosa desmoraliza y corrompe
a los pueblos. Mata en ellos la razón, principal ins-
trumento de la emancipación humana, y los reduce
a la imbecilidad, fundamento capital de toda esclavitud,
llenando sus espíritus de divinos absurdos. —
BAKUNIN.*

*Los curas venden el bautismo en el día del naci-
miento, venden al pecador la inútil indulgencia, ven-
den a los amantes el derecho a casarse, venden a los
moribundos el derecho a agonizar, venden a los
difuntos la misa funeraria, venden a los parientes
el oficio de aniversario, venden oraciones, venden
misas y comuniones, venden rosarios, venden cru-
ces y bendiciones. Nada es sagrado para los curas,
pues todo es mercadería. No se puede dar un paso
en la iglesia sin pagar. Y el altar es un mostrador. —
Victor HUGO.*

*El eterno Cristo es el ilota social que lleva eter-
namente a cuestras la cruz de la miseria. — (X).*

*A ti ¡oh Lucifer!, es al único que admiro, pero
que no venero, porque odio como tú la idolatría,
porque eres estela luminosa que al surcar las pe-
rennes tinieblas del cerebro humano, le infundes vi-
da, calor y nobles rebeldías. — Severo BRUNO.*

*Lo peor que ha existido sobre la Tierra para
la enseñanza y la educación, ha sido la escuela reli-
giosa. En ella se embota al niño con cosas que ni
los mismos profesores entienden — Octavio TA-
MOINE.*

Ni el obrero, ni el artista, ni el poeta, ni el sabio, ni el filósofo sacarán tanto provecho de sus obras como el clero del pecado original. — DEMOCRITO.

Del infierno de los pobres se hace el paraíso de ricos. — LA BOETIE.

El día 13 de octubre de 1909—víctima del fanatismo religioso y de la intolerancia católica—, en los fosos ensangrentados del lúgubre castillo de Montjuich, que surge como un trágico y pavoroso fantasma sobre Barcelona, caía, desgarrado el pecho por el plomo de la soldadesca criminal, el gran apóstol de la libertad Francisco Ferrer. — (X).

Por grande que sea el mundo, siempre será pequeño para saciar la voracidad del monstruo clerical. — (X).

Las religiones son como las luciérnagas: para brillar necesitan de la oscuridad. — SCHOPENHAUER.

Los pueblos en donde abundan los curas son los más retardatarios en el camino del progreso. — EMPEDOCLES.

Es tan absurda la afirmación de que Dios encarnó en un hombre, como lo sería el afirmar que el triángulo o el cuadrado engendraron el círculo. Estas palabras: «El verbo se hizo carne» es una fórmula oriental que no tiene sentido desde el punto de vista de la razón. El cristianismo se distingue de las demás religiones no por la fe, ni por el amor, sino por la circunstancia de tener como base un milagro, es decir, la ignorancia, fuente de todo mal, y por esta causa transforma la fe en superstición. — SPINOZA.

El cristianismo no nos ha traído nada de nuevo. No ha hecho más que usurpar a los paganos el título de invención de la buena moral, para explotarlo miserablemente a través de los siglos, sembrando sin cesar ignorancia, superstición e impostura. — ANACREONTE.

La Iglesia absuelve a los grandes delincuentes y les otorga salvoconducto para el «cielo». Entre estos se hallan Constantino, Teodosio, Alejandro Borgia, Loyola, Torquemada, etc. — SARMIENTO.

Sobre la vida económica y moral de muchos pueblos, pesa como un terrible flagelo, la nefasta dominación del clero. — (X).

Donde está la libertad, no cabe la Iglesia con sus negaciones, su intolerancia y su tiranía. — MAZZINI.

¿Qué diría Jesús, el que llamó al clero de su tiempo raza de víboras, qué diría si viera el champagne de los obispos y los cheques del papa, qué diría si viera las imágenes de palo cubiertas de joyas, qué diría si, buscando un destello de su prodigioso espíritu en las iglesias, que profanan su nombre, hallase en la de

San Juan de Letrán, en Ronna, adorado por la tribu fetichista, su cordón umbilical? — RAFAEL BARRET.

Dificultan la marcha evolutiva del progreso moral, las fuerzas coaligadas de la religión: superstición, ignorancia, oscurantismo, embrutecimiento e intolerancia. — (X).

El amor de Dios no crea nada, no perpetúa nada; es estéril como el vientre de Sara y como la simiente de Onán: sólo el amor, el otro amor da vida, la perpetúa, la vivifica. — VARGAS VILA.

Fué el siglo XVI gran centuria de oscurantismo religioso. En dicha época el profesor Ramus, fué precipitado desde una ventana del Colegio de Francia, por las hordas católicas de San Bartolomé y clavado en las picas de los fanáticos católicos que se apretujaban en la acera: su cuerpo fué arrastrado por las calles de la vieja Lutecia y luego echado al Sena. Giordano Bruno era quemado vivo por haber dicho ante los tiranos de la Iglesia que las estrellas podían ser otros tantos solés; mientras que Galileo escapaba a igual suerte humillando su ciencia. — (X).

¿Qué hara Dios con los que no han oído hablar de su hijo? ¿Castigará a los sordos por no haber oído?

¿Qué hara con los que habiendo oído hablar de su religión no han podido comprenderla? ¿Castigará a los pigmeos por no haber podido andar a paso de gigante.

Quitad el temor del infierno a un católico y le quitaréis su creencia. — DIDEROT.

Muchas son las creencias y religiones en el mundo, siendo la diversidad de todas ellas la prueba palpable del error «dios». — GRANT.

Cuanto más cree uno menos piensa; al pensar menos, poco sabe; y sabiendo poco más bestia se vuelve y más fácilmente se deja esclavizar. — JOHANN MOST.

La langosta clerical es el animal más dañino para la humanidad. No solamente devora y desvasta, sino que, además, con su fárrago de embustes y de mentiras, ejerce la más poderosa presión de la humanidad, obstaculizándola en todos los sentidos, con el fin de eternizar el dominio de la ignorancia y de la esclavitud. — JUAN FERRINI.

«Dios» es una palabra abstracta, punto matemático que no tiene ni ancho, ni largo, ni espesor. — MESLIER.

Los teólogos han encontrado la solución del famoso problema de Arquímedes: «Su punto de apoyo es la tontería de su cielo, desde donde remueven al mundo». — HUME.

El celibato eclesiástico es una institución contra natura que forzosamente hace al sacerdote desgra-

los Estados, y que, por consiguiente, estos últimos, y la civilización con ellos, no han podido establecerse más que destruyendo, si no por completo, al menos en un grado considerable, esta pasión animal.

CARTA OCTAVA

Después de considerar el patriotismo desde el punto de vista natural, y después de haber demostrado que **desde este punto de vista** es, por una parte, un sentimiento propiamente bestial o animal, puesto que es común a todas las especies de animales, y por otra esencialmente local, puesto que no pueda nunca abarcar más que el espacio o el mundo sumamente reducido en que el hombre privado de civilización pasa su vida, entro ahora en el análisis del patriotismo exclusivamente humano, del patriotismo **económico, político y religioso**.

Es un hecho probado por los naturalistas, y hoy pasado al estado de axioma, que el número de cada población animal corresponde siempre a la cantidad de los medios de subsistencia que se encuentran en el país que habita.

La población aumenta siempre que esos medios figuran en gran cantidad; disminuye con la disminución de esa cantidad.

Cuando una población animal ha devorado todas las subsistencias de un país, emigra. Pero, rompiendo esta emigración todas antiguas costumbres, todas sus maneras cotidianas y rutinarias de vivir y haciéndole buscar, sin ningún conocimiento, sin pensamiento alguno, instintivamente y por completo a la aventura, los medios de subsistir en países en absoluto desconocidos, va siempre acompañada de privaciones y de inmensos sufrimientos. La mayor parte de la población animal emigrante se muere de hambre, sirviendo con frecuencia de alimento a los supervivientes; y la parte menor sólo consigue aclimatarse y encontrar nuevos medios de vida en un nuevo país.

Luego viene la guerra, la guerra entre las especies que se nutren con los mismos alimentos, la guerra entre las que para vivir necesitan devorarse una a otra.

Considerado desde este punto de vista, el mundo natural no es más que una hecatombe sangrienta, una horrible y lúgubre tragedia escrita por el hambre.

Los que admiten la existencia de un Dios creador no se dan cuenta del bello cumplimiento con que le obsequian representándole como el creador **de este mundo**.

¡Cómo! ¡Un Dios todo poder, todo inteligencia, toda bondad, no pudo llegar sino a crear un mundo semejante, un horror tal!

Verdad es que los teólogos tienen un excelente argumento para explicar esta contradicción. El mundo fué creado perfecto, dicen, reinó en él al principio una armonía absoluta, hasta que, habiendo el hombre pecado, Dios, furioso contra él, maldijo al hombre y el mundo.

Esta explicación es tanto más edificante cuanto que está llena de absurdos, y sabido es que en el absurdo consiste toda la fuerza de los teólogos. Para ellos, cuanto más absurda e imposible es una cosa, más verdadera la creen. Toda religión no es sino la deificación del absurdo.

no será posible sino por la igualación de los medios económicos de educación, instrucción, del trabajo y de la vida para todos.

Sin embargo, no puede reprocharse al siglo XVIII el no haber comprendido esto. La ciencia social no se crea, no se estudia solamente en los libros; necesita las grandes enseñanzas de la historia, y fué preciso hacer la revolución de 1789 y de 1793, fué menester pasar nuevamente por las pruebas de 1830 y 1848, para llegar a la conclusión en adelante irrefragable de que toda revolución política que no tiene por objeto **inmediato y directo** la igualdad económica, no es, desde el punto de vista de los intereses y de los derechos populares, más que una reacción hipócrita y disimulada.

Esta verdad, tan evidente y tan sencilla, era aún desconocida a fines del siglo XVIII, y cuando Babeuf estableció la cuestión económica y social, el poder de la revolución estaba ya agotado.

Mas no por eso deja de quedarle a esta última el honor inmortal de haber planteado el más grande de los problemas que nunca haya sido en la historia planteado: el de la emancipación de la humanidad entera.

En comparación con este programa inmenso, ¿vemos qué objeto persigue el programa del liberalismo revolucionario, en la época de la Restauración y de la monarquía de Julio?

La mal llamada libertad, bien sabia, bien modesta, bien modesta, bien reglamentada, bien limitada, hecha para el temperamento empequeñecido de una burguesía medio harta, y que, cansada de combates e impaciente por gozar, sentíase ya amenazada, no ya de arriba, sino de abajo, y con inquietud veía apuntar en el horizonte, como una masa negra, esos innumerables millones de proletarios explotados, cansados de sufrir y disponiéndose también a reclamar su derecho.

A principios del siglo actual, ese espectro naciente, más tarde bautizado con el nombre de espectro rojo; ese terrible fantasma del derecho de todo el mundo opuesto a los privilegios de una clase de afortunados; esa justicia y esa razón populares que, desarrollándose más, deben hacer polvo los sofismas de la economía, de la jurisprudencia, de la política y de la metafísica burguesas, se vuelven, entre los modernos triunfos de la burguesía, sus incesantes perturbadores, los disminuidores de su confianza, de su espíritu.

Y sin embargo, bajo la Restauración, la cuestión social era todavía casi desconocida, o por mejor decir, estaba casi olvidada. Había, sí, algunos soñadores aislados, tales como Saint-Simon, Roberto Owen, Fourier, cuyo genio o gran corazón habían adivinado la necesidad de una transformación radical de la organización económica de la sociedad.

En derredor de cada uno de ellos agrupábase un reducido número de adeptos fieles y ardientes, que formaban otras tan-

Ni el obrero, ni el artista, ni el poeta, ni el sabio, ni el filósofo sacarán tanto provecho de sus obras como el clero del pecado original. — DEMOCRITO.

Del infierno de los pobres se hace el paraíso de ricos. — LA BOETIE.

El día 13 de octubre de 1909—víctima del fanatismo religioso y de la intolerancia católica—, en los fosos ensangrentados del lúgubre castillo de Montjuich, que surge como un trágico y pavoroso fantasma sobre Barcelona, caía, desgarrado el pecho por el plomo de la soldadesca criminal, el gran apóstol de la libertad Francisco Ferrer. — (X).

Por grande que sea el mundo, siempre será pequeño para saciar la voracidad del monstruo clerical. — (X).

Las religiones son como las luciérnagas: para brillar necesitan de la oscuridad. — SCHOPENHAUER.

Los pueblos en donde abundan los curas son los más retardatarios en el camino del progreso. — EMPEDOCLES.

Es tan absurda la afirmación de que Dios encarnó en un hombre, como lo sería el afirmar que el triángulo o el cuadrado engendraron el círculo. Estas palabras: «El verbo se hizo carne» es una fórmula oriental que no tiene sentido desde el punto de vista de la razón. El cristianismo se distingue de las demás religiones no por la fe, ni por el amor, sino por la circunstancia de tener como base un milagro, es decir, la ignorancia, fuente de todo mal, y por esta causa transforma la fe en superstición. — SPINOZA.

El cristianismo no nos ha traído nada de nuevo. No ha hecho más que usurpar a los paganos el título de invención de la buena moral, para explotarlo miserablemente a través de los siglos, sembrando sin cesar ignorancia, superstición e impostura. — ANACREONTE.

La Iglesia absuelve a los grandes delincuentes y les otorga salvaconducto para el «cielo». Entre estos se hallan Constantino, Teodosio, Alejandro Borgia, Loyola, Torquemada, etc. — SARMIENTO.

Sobre la vida económica y moral de muchos pueblos, pesa como un terrible flagelo, la nefasta dominación del clero. — (X).

Donde está la libertad, no cabe la Iglesia con sus negaciones, su intolerancia y su tiranía. — MAZZINI.

¿Qué diría Jesús, el que llamó al clero de su tiempo raza de víboras, qué diría si viera el champagne de los obispos y los cheques del papa, qué diría si viera las imágenes de palo cubiertas de joyas, qué diría si, buscando un destello de su prodigioso espíritu en las iglesias, que profanan su nombre, hallase en la de

San Juan de Letrán, en Ronna, adorado por la tribu fetichista, su cordón umbilical? — RAFAEL BARRET.

Dificultan la marcha evolutiva del progreso moral, las fuerzas coaligadas de la religión: superstición, ignorancia, oscurantismo, embrutecimiento e intolerancia. — (X).

El amor de Dios no crea nada, no perpetúa nada; es estéril como el vientre de Sara y como la simiente de Onán: sólo el amor, el otro amor da vida, la perpetúa, la vivifica. — VARGAS VILA.

Fué el siglo XVI gran centuria de oscurantismo religioso. En dicha época el profesor Ramus, fué precipitado desde una ventana del Colegio de Francia, por las hordas católicas de San Bartolomé y clavado en las picas de los fanáticos católicos que se apretujaban en la acera: su cuerpo fué arrastrado por las calles de la vieja Lutecia y luego echado al Sena. Giordano Bruno era quemado vivo por haber dicho ante los tiranos de la Iglesia que las estrellas podían ser otros tantos solés; mientras que Galileo escapaba a igual suerte humillando su ciencia. — (X).

¿Qué hara Dios con los que no han oído hablar de su hijo? ¿Castigará a los sordos por no haber oído?

¿Qué hara con los que habiendo oído hablar de su religión no han podido comprenderla? ¿Castigará a los pigmeos por no haber podido andar a paso de gigante.

Quitad el temor del infierno a un católico y le quitaréis su creencia. — DIDEROT.

Muchas son las creencias y religiones en el mundo, siendo la diversidad de todas ellas la prueba palpable del error «dios». — GRANT.

Cuanto más cree uno menos piensa; al pensar menos, poco sabe; y sabiendo poco más bestia se vuelve y más fácilmente se deja esclavizar. — JOHANN MOST.

La langosta clerical es el animal más dañino para la humanidad. No solamente devora y desvasta, sino que, además, con su farrago de embustes y de mentiras, ejerce la más poderosa presión de la humanidad, obstaculizándola en todos los sentidos, con el fin de eternizar el dominio de la ignorancia y de la esclavitud. — JUAN FERRINI.

«Dios» es una palabra abstracta, punto matemático que no tiene ni ancho, ni largo, ni espesor. — MESLIER.

Los teólogos han encontrado la solución del famoso problema de Arquímedes: «Su punto de apoyo es la tontería de su cielo, desde donde remueven al mundo». — HUME.

El celibato eclesiástico es una institución contra natura que forzosamente hace al sacerdote desgra-

los Estados, y que, por consiguiente, estos últimos, y la civilización con ellos, no han podido establecerse más que destruyendo, si no por completo, al menos en un grado considerable, esta pasión animal.

CARTA OCTAVA

Después de considerar el patriotismo desde el punto de vista natural, y después de haber demostrado que **desde este punto de vista** es, por una parte, un sentimiento propiamente bestial o animal, puesto que es común a todas las especies de animales, y por otra esencialmente local, puesto que no puede nunca abarcar más que el espacio o el mundo sumamente reducido en que el hombre privado de civilización pasa su vida, entro ahora en el análisis del patriotismo exclusivamente humano, del patriotismo **económico, político y religioso**.

Es un hecho probado por los naturalistas, y hoy pasado al estado de axioma, que el número de cada población animal corresponde siempre a la cantidad de los medios de subsistencia que se encuentran en el país que habita.

La población aumenta siempre que esos medios figuran en gran cantidad; disminuye con la disminución de esa cantidad.

Cuando una población animal ha devorado todas las subsistencias de un país, emigra. Pero, rompiendo esta emigración todas antiguas costumbres, todas sus maneras cotidianas y rutinarias de vivir y haciéndole buscar, sin ningún conocimiento, sin pensamiento alguno, instintivamente y por completo a la aventura, los medios de subsistir en países en absoluto desconocidos, va siempre acompañada de privaciones y de inmensos sufrimientos. La mayor parte de la población animal emigrante se muere de hambre, sirviendo con frecuencia de alimento a los supervivientes; y la parte menor sólo consigue aclimatarse y encontrar nuevos medios de vida en un nuevo país.

Luego viene la guerra, la guerra entre las especies que se nutren con los mismos alimentos, la guerra entre las que para vivir necesitan devorarse una a otra.

Considerado desde este punto de vista, el mundo natural no es más que una hecatombe sangrienta, una horrible y lúgubre tragedia escrita por el hambre.

Los que admiten la existencia de un Dios creador no se dan cuenta del bello cumplimiento con que le obsequian representándole como el creador **de este mundo**.

¡Cómo! ¡Un Dios todo poder, todo inteligencia, todo bondad, no pudo llegar sino a crear un mundo semejante, un horror tal!

Verdad es que los teólogos tienen un excelente argumento para explicar esta contradicción. El mundo fué creado perfecto, dicen, reinó en él al principio una armonía absoluta, hasta que, habiendo el hombre pecado, Dios, furioso contra él, maldijo al hombre y el mundo.

Esta explicación es tanto más edificante cuanto que está llena de absurdos, y sabido es que en el absurdo consiste toda la fuerza de los teólogos. Para ellos, cuanto más absurda e imposible es una cosa, más verdadera la creen. Toda religión no es sino la deificación del absurdo.

no será posible sino por la igualación de los medios económicos de educación, instrucción, del trabajo y de la vida para todos.

Sin embargo, no puede reprocharse al siglo XVIII el no haber comprendido esto. La ciencia social no se crea, no se estudia solamente en los libros; necesita las grandes enseñanzas de la historia, y fué preciso hacer la revolución de 1789 y de 1793, fué menester pasar nuevamente por las pruebas de 1830 y 1848, para llegar a la conclusión en adelante irrefragable de que toda revolución política que no tiene por objeto **inmediato y directo** la igualdad económica, no es, desde el punto de vista de los intereses y de los derechos populares, más que una reacción hipócrita y disimulada.

Esta verdad, tan evidente y tan sencilla, era aún desconocida a fines del siglo XVIII, y cuando Babœuf estableció la cuestión económica y social, el poder de la revolución estaba ya agotado.

Mas no por eso deja de quedarle a esta última el honor inmortal de haber planteado el más grande de los problemas que nunca haya sido en la historia planteado: el de la emancipación de la humanidad entera.

En comparación con este programa inmenso, ¿vemos qué objeto persigue el programa del liberalismo revolucionario, en la época de la Restauración y de la monarquía de Julio?

La mal llamada libertad, bien sabia, bien modesta, bien modesta, bien reglamentada, bien limitada, hecha para el temperamento empuerqueñecido de una burguesía medio harta, y que, cansada de combates e impaciente por gozar, sentíase ya amenazada, no ya de arriba, sino de abajo, y con inquietud veía apuntar en el horizonte, como una masa negra, esos innumerables millones de proletarios explotados, cansados de sufrir y disponiéndose también a reclamar su derecho.

A principios del siglo actual, ese espectro naciente, más tarde bautizado con el nombre de espectro rojo; ese terrible fantasma del derecho de todo el mundo opuesto a los privilegios de una clase de afortunados; esa justicia y esa razón populares que, desarrollándose más, deben hacer polvo los sofismas de la economía, de la jurisprudencia, de la política y de la metafísica burguesas, se vuelven, entre los modernos triunfos de la burguesía, sus incesantes perturbadores, los disminuidores de su confianza, de su espíritu.

Y sin embargo, bajo la Restauración, la cuestión social era todavía casi desconocida, o por mejor decir, estaba casi olvidada. Había, sí, algunos soñadores aislados, tales como Saint-Simon, Roberto Owen, Fourier, cuyo genio o gran corazón habían adivinado la necesidad de una transformación radical de la organización económica de la sociedad.

En derredor de cada uno de ellos agrupábase un reducido número de adeptos fieles y ardientes, que formaban otras tan-

tas pequeñas iglesias; pero tan desconocidos como los maestros, y que no ejercían ninguna influencia exterior.

Había también el testamento comunista de Babeuf, transmitido por su ilustre compañero y amigo, Buonarroti, a los proletarios más enérgicos, por medio de una organización popular y secreta.

Pero todo esto no era entonces más que un trabajo subterráneo, cuyas manifestaciones no se hicieron sentir hasta más adelante, bajo la monarquía de Julio, y que bajo la Restauración no fué vislumbrado por la clase burguesa. El pueblo, la masa de trabajadores, permanecía tranquila y aún no reivindicaba nada para sí misma.

Claro es que si el espectro de la justicia popular tenía una existencia cualquiera en esta época, no podía ser sino en la mala conciencia de los burgueses.

¿Y de dónde venía esta mala conciencia?

Los burgueses que vivían bajo la Restauración, ¿eran, como individuos, más malos que sus padres, que hicieron las revoluciones de 1789 y 1793?

De ningún modo. Eran casi los mismos hombres; pero colocados en otro medio, en otras condiciones políticas, enriquecidos con una nueva experiencia, y con otra conciencia, por tanto.

El burgués del siglo pasado había sinceramente creído que emancipándose por sí mismo del yugo monárquico, emanciparía a la vez a todo el pueblo.

Y esta sencilla y sincera creencia fué la fuente de su audacia heroica y de todo su poder maravilloso. Sentíanse unidos a todo el mundo y marchaban al asalto, llevando en sí la fuerza, el derecho de todo el mundo.

Gracias a este derecho y a este poder popular que se habían, por así decirlo, encarnado en su clase, los burgueses del siglo pasado pudieron escalar y tomar la fortaleza del poder político, que sus padres habían apetecido tantos siglos. Pero en el momento de plantar su bandera, una nueva luz hízose en su espíritu.

En cuanto conquistaron el poder, empezaron a comprender que entre sus intereses burgueses y los intereses de las masas populares no había ya nada de común, que, por el contrario, había oposición radical, y que el poder y la prosperidad exclusivas de la clase de los poseedores no podía apoyarse sino en la miseria y en la dependencia política y social del proletariado.

Desde entonces, las relaciones de la burguesía y del pueblo se transformaron de un modo radical, y antes que los trabajadores llegasen a comprender que los burgueses eran sus enemigos naturales, más aún por necesidad que por mala voluntad, los burgueses habían ya adquirido la conciencia de ese antagonismo fatal.

A esto es a lo que yo llamo la mala conciencia de los burgueses.

tiende necesariamente a destruir esa costumbre adicional en la conciencia de los trabajadores de todos los países.

Demostraré más adelante cómo, desde los comienzos de este siglo, se ha debilitado sensiblemente en la conciencia de la alta burguesía financiera, comerciante e industrial, por el desarrollo prodigioso y completamente internacional de su riqueza y de sus intereses económicos.

Pero es menester que haga ver primero cómo, mucho antes de esta revolución burguesa, el patriotismo natural, instintivo y que por su misma naturaleza no puede ser otra cosa que un sentimiento muy estrecho, muy limitado y una costumbre colectiva absolutamente local, fué, desde los comienzos de la historia, profundamente modificado, desnaturalizado y disminuido por la formación sucesiva de los Estados políticos.

En efecto, el patriotismo, como sentimiento natural, es decir, producido por la vida realmente solidaria de una colectividad y aun nada o poco debilitada por la reflexión o por el efecto de los intereses económicos y políticos, y lo mismo por el de las abstracciones religiosas, ese patriotismo, sino del todo, al menos en gran parte animal, no puede abrazar sino un mundo muy reducido: una tribu, una comunidad, una aldea.

En los comienzos de la historia, como hoy en los pueblos salvajes, no había nación, ni lengua nacional, ni culto nacional; por consiguiente, no había patria, en el sentido político de esta palabra.

Cada pequeña localidad, cada pueblo, tenía su lengua particular, su dios, su sacerdote o su hechicero, y no era nada más que una familia multiplicada, ensanchada, que se afirmaba viviendo y que, en guerra con las demás tribus, negaba por su existencia todo el resto de la humanidad.

Tal es el patriotismo natural en su enérgica y sencilla crudeza.

Todavía encontramos restos de este patriotismo hasta en algunos de los países más civilizados de Europa, en Italia, por ejemplo, sobre todo en las provincias meridionales de la península italiana, en donde la configuración del suelo, las montañas y el mar, creando barreras entre los valles, las comunidades y las ciudades, las separan, las aíslan y las hacen casi extrañas una a otra. Proudhon, en su folleto sobre la unidad italiana, ha observado con mucha razón que esta unidad no era todavía más que una idea, una pasión completamente burguesa y de ningún modo popular; que las poblaciones de los campos, al menos, han permanecido hasta la fecha en gran parte extrañas, y añadiré que hasta hostiles, porque esa unidad que se pone en contradicción por una parte con su patriotismo local, por otra no les ha procurado hasta hoy más que una explotación despiadada, la opresión y la ruina.

Aun en Suiza, principalmente en los cantones primitivos, no vemos con frecuencia al patriotismo local luchar contra el patriotismo cantonal y a este último contra el patriotismo político, nacional, de la confederación republicana entera?

Resumiendo, digo que el patriotismo como sentimiento natural, siendo en su esencia y en su realidad un sentimiento esencialmente local, es un obstáculo serio a la formación de

sidad; y hasta, si se hubiera de admitir bajo este último aspecto una diferencia cualquiera, se inclinaria antes en favor de las malas costumbres que de las buenas.

Porque, a causa precisamente del origen animal de toda sociedad humana, y efecto de esta fuerza de inercia, que ejerce una acción tan poderosa en el mundo intelectual y moral como en el mundo material, en cada sociedad que aun no degenera, sino que progresa y marcha hacia adelante, las malas costumbres, teniendo siempre de su parte la prioridad del tiempo, están más profundamente arraigadas que las buenas.

Esto nos explica por qué, de la suma total de las costumbres colectivas actuales, en los países más adelantados del mundo civilizado, las nueve décimas partes por lo menos nada valen.

No vaya a creerse que quiero declarar la guerra a la costumbre que tienen, generalmente, la sociedad y los hombres de dejarse gobernar por el hábito. En esto, como en muchas otras cosas, no hacen sino obedecer fatalmente a una ley natural, y sería absurdo rebelarse contra las leyes naturales.

La acción de la costumbre en la vida intelectual y moral de los individuos, lo mismo que en la de las sociedades, es la de las fuerzas vegetativas en la vida animal. Una y otra son condiciones de existencia y de realidad. El bien, lo mismo que el mal, para ser cosas reales, deben ser costumbres, ya sea en el hombre tomado individualmente, o ya en la sociedad.

Todos los ejercicios, todos los estudios a los cuales los hombres se entregan, no tienen otro objeto, y las mejores cosas no arraigan en el hombre, hasta el punto de convertirse en su segunda naturaleza, sino por el poder de la costumbre.

No se trata, pues, de rebelarse locamente contra ella, puesto que es una potencia fatal que ninguna inteligencia ni voluntad humanas podrían derrotar. Pero sí, guiados por la razón del siglo y por la idea que nos formamos de la verdadera justicia, queremos seriamente llegar a ser hombres, sólo una cosa tenemos que hacer: emplear constantemente la fuerza de voluntad, esto es, la costumbre de querer, que circunstancias independientes de nosotros mismos, ha desarrollado en nosotros mismos, en la extirpación de nuestros malos hábitos y en su reemplazo por otros buenos.

Para humanizar toda una sociedad, es menester destruir sin piedad las causas, las condiciones económicas, políticas y sociales, que producen en los individuos la tradición del mal, y sustituirlas por condiciones que den como consecuencia necesaria el nacimiento en esos mismos individuos, de la práctica y la costumbre del bien.

Desde el punto de vista de la conciencia moderna, de la humanidad y de la justicia, tales como, gracias a los desarrollos pasados de la historia, hemos llegado al fin a comprenderla, el patriotismo es una mala, estrecha y funesta costumbre, puesto que es la negación de la igualdad y la solidaridad humanas.

La cuestión social, establecida hoy prácticamente por el mundo obrero de Europa y América, y cuya solución no es posible sino por la abolición de las fronteras de los Estados,

CARTA TERCERA

He dicho que la mala conciencia de los burgueses paralizó, desde los comienzos de este siglo, todo el movimiento intelectual y moral de la burguesía.

Me corrijo, y reemplazo la palabra **paralizó** por esta otra: **desnaturalizó**.

Porque sería injusto decir que hubo parálisis o ausencia de movimiento en un espíritu que, pasando de la teoría a la aplicación de las ciencias positivas, creó todos los milagros de la industria moderna, los barcos de vapor, los caminos de hierro y el telégrafo, por una parte, y que, por otra, sacando a luz una ciencia nueva, la estadística, y empujando la economía política y la crítica historia del desarrollo de la riqueza y de la civilización de los pueblos hasta sus últimos resultados, dió las bases de una filosofía nueva, el socialismo, que, desde el punto de vista de los intereses de la burguesía, no es otra cosa que un sublime suicidio, la negación misma del mundo burgués.

La parálisis no sobrevino hasta más adelante, cuando, espantada por las results de sus primeros trabajos, la burguesía retrocedió, y cuando, para conservar sus bienes, renunciando a todo pensamiento y a toda voluntad, se sometió a protectores militares y se entregó en cuerpo y alma a la más completa reacción.

A partir de esta época no ha inventado nada, ha perdido, con el valor, el poder mismo de la creación. Ni aun tiene ya el poder ni el espíritu de conservación, porque todo lo que ha hecho por su salvación la ha empujado fatalmente al abismo.

En 1848, todavía estaba llena de espíritu. Sin duda que este espíritu no tenía ya aquella savia vigorosa que del siglo XVI al XVII la hiciera crear un mundo nuevo. No era ya el espíritu heroico de una clase que había tenido todas las audacias por qué se había visto obligada a conquistarlo todo: era el espíritu prudente y reflexivo de un nuevo propietario que, después de adquirir una cosa largo tiempo ansiada, debía entonces hacerla prosperar y valer. Lo que caracteriza sobre todo el espíritu de la burguesía en la primera mitad de este siglo es una tendencia casi exclusivamente utilitaria.

Se le ha dirigido un reproche que no es fundado. Pienso, por el contrario, que ha prestado un último gran servicio a la humanidad predicando, aun más por su ejemplo que por sus teorías, el culto, o, por mejor decir, el respeto de los intereses materiales.

En el fondo, estos intereses han prevalecido siempre en el mundo: pero se habían producido hasta entonces bajo la forma de un idealismo hipócrita o malsano, que les había precisamente transformado en intereses perjudiciales e infucos.

Todo el que se ocupe algo en historia no ha podido dejar de notar que en el fondo de las lecturas religiosas y teológicas más abstractas, más sutiles y más ideales, ha habido siempre algún grave interés material. Todas las guerras de razas, de

naciones, de Estados y de clases, no tuvieron nunca otro objeto que el dominio, condición y garantía necesarias del goce y de la posesión.

Considerada desde este punto de vista, la historia humana no es otra cosa que la continuación de ese gran combate por la vida que, según Darwin, constituye la fe fundamental de la naturaleza orgánica.

En el mundo animal, este combate se hace sin ideas y sin frases, carece asimismo de solución; mientras la tierra exista, el mundo animal se entredivorará.

Tal es la condición natural de su vida.

Los hombres, animales carnívoros por excelencia, comenzaron su historia por la antropofagia. Tiende hoy a la asociación universal, a la producción y al goce colectivos.

Pero ¡qué tragedia horrible y sangrienta entre estos dos términos!

Y nosotros aún no hemos acabado con esta tragedia. Después de la antropofagia vino la esclavitud; después de la esclavitud la servidumbre; después de la servidumbre el salariado, al cual debe suceder primero el día terrible de la justicia, y después, mucho después, la era de la fraternidad.

He ahí las fases por las cuales el combate animal por la vida se transforma gradualmente, en la historia, en la organización humana de la existencia.

Y en medio de esta lucha fratricida de los hombres contra los hombres, en este entredivoramiento mutuo, en este esclavizamiento y en esta explotación de unos por otros que, cambiando de nombre y de forma, se han mantenido a través de todos los siglos hasta nuestros días, ¿qué papel ha desempeñado la religión?

Siempre ha santificado la violencia, la ha transformado en derecho. Ha transportado a un cielo ficticio la humanidad, la justicia y la fraternidad, para dejar sobre la tierra el reino de la iniquidad y de la brutalidad. Ha bendecido a los bandidos felices, y para hacerlos aún más dichosos, ha predicado la resignación y la obediencia a sus innumerables víctimas, los pueblos. Y cuanto más sublime parecía el ideal que ella adoraba en el cielo, más horrible se hacía la realidad de la historia.

Porque es propio del carácter de todo idealismo, tanto religioso como metafísico, el despreciar el mundo real, y despreciándole, explotarle; de donde resulta que todo idealismo engendra necesariamente la hipocresía.

El hombre es materia, y no puede despreciar impunemente la materia. Es un animal, y no puede destruir su animalidad; pero puede y debe transformarla y humanizarla por la libertad, es decir, por la acción combinada de la justicia y de la razón, que a su vez no tienen influencia sobre ella sino por ser productos suyos y su más alta expresión.

Por el contrario, siempre que el hombre ha querido hacer abstracción de su animalidad, se ha convertido en el juguete y el esclavo de ella, y aún con más frecuencia el siervo hipócrita; testigos, los sacerdotes de la religión más ideal y más absurda del mundo, el cristianismo.

lo que le es extraño, instintivo y por tanto bestial; sí, realmente bestial, porque este horror es tanto más enérgico y más invencible, cuanto menos pensó y comprendió, cuanto menos hombre se muestra el que lo siente.

En la actualidad, no se encuentra este horror patriótico por el extranjero más que en los pueblos salvajes; también es observado en Europa, en medio de las poblaciones semisalvajes, que la civilización burguesa no se ha dignado iluminar, pero cuya explotación no olvida.

Hay en las mayores capitales de Europa, en París mismo, y en Londres sobre todo, calles abandonadas a una población miserable, que nunca alumbrará ninguna luz. Basta que un extraño aparezca en ellas, para que una multitud de miseros seres humanos, hombres, mujeres, niños, a medio vestir y llevando en su rostro y en toda su persona las señales de la miseria más horrible y de la más profunda abyección, le rodeen, le insulten y en ocasiones hasta le maltraten, sólo porque es allí un extranjero.

Tan salvaje y brutal patriotismo, ¿no es la negación más rotunda de todo lo que se llama humanidad?

Y sin embargo, hay periódicos burgueses muy ilustrados, como el **Diario de Génova**, por ejemplo, que no sienten la menor vergüenza explotando ese prejuicio tan poco humano y esa pasión completamente bestial.

A pesar de todo, quiero hacerles justicia y reconozco de buen grado que los explotan sin compartirlos en modo alguno y sólo porque tienen interés en explotarlos, de igual modo que actualmente lo hacen todos los sacerdotes de todas las religiones, que predicán las nonadas religiosas sin creer en ellas, y sólo porque es evidente que las clases privilegiadas tienen interés en que las masas populares sigan creyendo en ellas.

Cuando el **Diario de Génova** ha agotado los argumentos y las pruebas, dice: es una cosa, una idea, un hombre **extranjero**; y tan pequeña idea tiene de sus compatriotas, que espera le bastará proferir la terrible palabra **extranjero** para que, olvidándolo todo, sentido común, humanidad y justicia, se pongan todos de su parte.

Yo no soy genovés; pero respeto demasiado a los habitantes de Génova para no creer que el **Diario** se engaña respecto a ellos. Indudable es que no querrán sacrificar la humanidad a la bestialidad explotada por la astucia.

CARTA SEPTIMA

He dicho que el patriotismo, mientras es instintivo o natural, arraigando en la vida animal, no ofrece nada más que una combinación particular de costumbres colectivas: materiales, intelectuales y morales, económicas políticas y sociales, desarrolladas por la tradición o por la historia, en una sociedad humana reducida.

Estas costumbres, he agregado también, pueden ser buenas o malas, ya que el contenido o el objeto de ese sentimiento instintivo no tiene ninguna influencia sobre el grado de su inten-

en él las tradiciones más o menos abstractas, intelectuales y morales.

Todo lo cual son elementos del patriotismo del hombre, ya que todas estas cosas, combinándose de un modo o de otro, forman, para una colectividad cualquiera, un sistema especial de vida, una manera tradicional de vivir, de pensar y de obrar de modo distinto que los otros.

Pero cualquiera que sea la diferencia existente entre el patriotismo natural de las colectividades humanas y el de las colectividades animales, desde el punto de vista de la cantidad y aun de la calidad de los objetos que abarcan, tienen de común el ser igualmente pasiones instintivas, tradicionales, habituales, colectivas, y el que la intensidad del uno como la del otro no dependen en modo alguno de la naturaleza de su contenido.

Se podría decir, por el contrario, que cuanto menos complicado es este contenido, más sencillo, más intenso y más enérgicamente exclusivo es el sentimiento patriótico que le manifiesta y le expresa.

El animal es evidentemente mucho más adicto que el hombre a las costumbres tradicionales de la colectividad de que forma parte; en él, esta pasión patriótica es fatal, e incapaz de deshacerse de ella por sí mismo, no se desprende de ella en ocasiones sino bajo la influencia del hombre.

De igual modo, en las humanas colectividades, cuanto menor es la civilización, menos complicado y más sencillo es el fondo mismo de la vida social, y más intensos se muestran el patriotismo natural, es decir, el afecto instintivo de los individuos por todas las costumbres materiales, intelectuales y morales que constituyen la vida tradicional y rutinaria de una colectividad particular, así como un odio por todo lo que es distinto de ella, por todo lo que la es extraño.

De donde resulta que el patriotismo natural está en razón inversa de la civilización, es decir, del triunfo mismo de la humanidad en las humanas sociedades.

Nadie negará que el patriotismo instintivo o natural de las miserables poblaciones de las zonas heladas, que la civilización humana apenas ha rozado, y donde la vida material misma es tan pobre, es infinitamente más fuerte o más exclusivo que el patriotismo de un francés, de un inglés o de un alemán, por ejemplo. El alemán, el inglés, el francés, pueden vivir y aclimatarse en todas partes, mientras que el habitante de las regiones polares morirá pronto de nostalgia, si se le tenía alejado de su país.

Y sin embargo, ¡qué más miserable y menos humana que su existencia!

Lo que demuestra una vez más que la intensidad del patriotismo natural no es una prueba de humanidad, sino de bestialidad.

Junto a este elemento positivo del patriotismo, que consiste en el afecto instintivo de los individuos por el sistema particular de vida de la colectividad de que son los miembros, hay además el elemento negativo, tan esencial como el primero e inseparable de él; es el horror igualmente instintivo por todo

Compárese su obscenidad bien conocida con su voto de castidad; compárese su avaricia insaciable con su doctrina de renuncia a los bienes de este mundo, y se confesará que no hay seres tan materialistas como los predicadores del idealismo cristiano.

En estos mismos instantes, ¿cuál es la cuestión que más agita toda la Iglesia?

Es la conservación de sus bienes, que amenaza confiscar en todas partes esa otra Iglesia, expresión del idealismo político, llamada Estado.

El idealismo político no es ni menos absurdo, ni menos pernicioso, ni menos hipócrita que el idealismo de la religión, del cual no es por otra parte sino una forma distinta, la expresión o la aplicación mundana y terrestre. El Estado es el hermano menor de la Iglesia; y el patriotismo, esa virtud y ese culto del Estado, no es más que un reflejo del culto divino.

El hombre virtuoso, según los preceptos de la escuela ideal, religiosa y política a la vez, debe servir a Dios y sacrificarse por el Estado, y el utilitarismo burgués de esta doctrina es el que, desde principios de este siglo, ha comenzado a hacer justicia.

CARTA CUARTA

He dicho que uno de los mayores servicios prestados por el utilitarismo burgués es el haber dado muerte a la religión del Estado, al patriotismo.

El patriotismo, ya lo sabemos, es una virtud antigua nacida en mitad de las repúblicas griegas y romanas, en donde nunca hubo más religión, real que la del Estado, ni otro objeto de culto que el Estado.

¿Qué es el Estado?

Es, nos responden los metafísicos y los doctores en derecho, es la cosa pública; los intereses, el bien colectivo y el derecho de todo el mundo, opuestos a la acción disolvente de los intereses y las pasiones egoístas de cada cual. Es la justicia y la realización de la moral y de la virtud en la tierra.

Por consiguiente, no hay acto más sublime ni deber más principal para el individuo que sacrificarse, y si necesario es morir por el triunfo, por el poder del Estado.

He ahí en pocas palabras toda la teología del Estado.

Veamos ahora si esa teología política, de igual modo que la teología religiosa, no oculta bajo muy bellas y muy poéticas apariencias, realidades muy comunes y muy sucias.

Analícemos en primer lugar la idea del Estado, tal como nos la representan sus preconizadores.

Es el sacrificio de la libertad natural y de los intereses de cada uno, individuos así como unidades colectivas, comparativamente pequeñas: asociaciones, comunidades y provincias, a los intereses y la libertad de todo el mundo, a la prosperidad del gran conjunto.

Pero ese todo el mundo, ese gran conjunto, ¿qué es, en realidad?

Es la aglomeración de todos los individuos y de todas las colectividades humanas que la componen.

Pero desde el momento en que para componerle y para coordinarse con él todos los intereses individuales y locales deben ser sacrificados, el todo, que está obligado a representarlos, ¿qué es, en efecto? No es el conjunto vivo, dejando respirar a cada cual con toda holgura y haciéndose tanto más fecundo más poderoso y más libre cuanto más cumplidamente se desarrollen en su seno la plena libertad y la prosperidad de cada uno; no es la sociedad humana natural, que confirma y aumenta la vida de cada cual por la vida de todos; es, por el contrario, la inmolación de cada individuo como la de todas las asociaciones locales, la abstracción destructiva de la sociedad viva, la limitación, o, por mejor decir, la completa negación de la vida y del derecho de todas las partes que componen todo el mundo; es el Estado, es el altar de la religión política en el cual la sociedad natural es siempre inmolada; una universalidad devoradora, viviendo de sacrificios humanos, como la Iglesia. El Estado, repitolo una vez más, es el hermano menor de la Iglesia.

Para probar esta identidad de la Iglesia y el Estado, ruego al lector quiera tener en cuenta el hecho de que una y otro se basan esencialmente en la idea del sacrificio de la vida y del derecho natural, y que parten igualmente del mismo principio; el de la malevolencia natural de los hombres, que no puede ser vencida, según la Iglesia, sino por la gracia divina y por la muerte del hombre natural en Dios, y según el Estado sólo por la ley, y por la inmolación del individuo en aras del Estado.

Una y otro tienden a transformar al hombre, una en un santo, el otro en un ciudadano. Pero el hombre natural debe morir, porque su sentencia fué unánimemente pronunciada por la religión de la Iglesia y por la del Estado.

Tal es en su pureza ideal la teoría idéntica de la Iglesia y el Estado.

Es una pura abstracción histórica supuesta de los hechos históricos.

Estos hechos, como he dicho ya en mi carta anterior, son de naturaleza completamente real, completamente brutal; es la violencia, la espoliación, el esclavizamiento, la conquista. El hombre está de tal modo constituido, que no se contenta con hacer; necesita explicarse y legitimar, ante su propia conciencia y a los ojos de todo el mundo, lo que ha hecho.

La religión ha venido, pues, a punto para bendecir los hechos cumplidos y, gracias a esta bendición, el hecho inicuo y brutal se ha transformado en derecho. La ciencia jurídica y el derecho político, ya se sabe, son hijos de la teología, en primer término; y después la metafísica, que no es otra cosa que una teología enmascarada, una teología que tiene la pretensión ridícula de no ser absurda, se ha esforzado en vano a fin de dárles el carácter de ciencias.

Veamos ahora qué clase de papel ha desempeñado y continúa desempeñando en la vida real, en la sociedad humana,

viduos miembros de una colectividad animal no se devoren mutuamente si es preciso; sin embargo, es bastante fuerte para que todos esos individuos, olvidando sus discordias civiles, se unan contra cada intruso que a ellos llegara de una colectividad extranjera.

Fijaos, por ejemplo, en los perros de una aldea. Los perros no forman naturalmente república colectiva; abandonados a sus propios instintos, viven en rebaños errantes, como los lobos, y no es sino bajo la influencia del hombre como se vuelven animales sedentarios. Pero, una vez establecidos, constituyen en cada pueblo una especie de república no comunitaria, sino fundada en la libertad individual, según la fórmula tan querida de los economistas burgueses: cada uno para sí, y el que venga atrás, que arree.

Es una competencia, una guerra civil sin tregua y sin piedad, en la que el más fuerte muerde siempre al más débil, lo mismo completamente que en las repúblicas burguesas. Ahora, que un perro de una aldea vecina se atreva sólo a pasar por su calle, y veréis a todos esos ciudadanos en discordia reunirse en masa contra el extranjero.

Y pregunto yo:

¿No es esta la copia fiel, o mejor dicho, el original de las copias que a diario se repiten en la sociedad humana? ¿No es esta una manifestación perfecta de ese patriotismo natural del cual he dicho, y me atrevo aún a repetir, que no es otra cosa que una pasión bestial?

Bestial, lo es sin duda, puesto que los perros, incontestablemente, son bestias, y el hombre, animal como el perro y como todos los demás animales de la tierra, pero animal dotado de la facultad fisiológica de pensar y de hablar, comienza su historia por la bestialidad para llegar a través de todos los siglos a la conquista y la constitución más perfecta de su humanidad.

Una vez conocido este origen del hombre, no debe causar admiración su bestialidad, que es un hecho natural entre tantos otros hechos naturales, ni aun se debe uno indignar contra ella, porque no resulta de eso que no sea necesario combatirla con la mayor energía, puesto que toda la vida humana del hombre no es otra cosa que un combate incesante contra su bestialidad natural en provecho de su humanidad.

Tan sólo me he propuesto hacer constar que el patriotismo que los poetas, los políticos de todas las escuelas, los gobiernos y todas las clases privilegiadas nos alaban como una virtud ideal y sublime, arraiga no en la humanidad del hombre, sino en su bestialidad.

Efectivamente, en el origen de la historia, y en la actualidad, en las partes menos civilizadas de la sociedad humana, es donde vemos el patriotismo natural reinando en absoluto. Constituye en las colectividades humanas un sentimiento sin duda mucho más complicado que en las otras colectividades animales, por la sola razón de que la vida del hombre, animal pensante y parlante, abarca incomparablemente más objetos que la de los animales de las otras especies; a las costumbres y a las tradiciones por completo físicas vienen todavía a unirse

La diferencia más o menos grande de las condiciones de vida, determina una diferencia, correspondiente en la organización misma de los individuos que pertenecen a la misma especie.

Sabido es, además, que todo individuo animal busca naturalmente el modo de unirse al individuo que más se le asemeja, de donde resulta naturalmente el desarrollo de una gran cantidad de variaciones en la misma especie; y como las diferencias que separan unas de otras todas estas variaciones se fundan principalmente en la reproducción y ésta es la única base de toda solidaridad animal, es evidente que la gran solidaridad de la especie debe subdividirse en otras tantas solidaridades más limitadas, o que la gran patria debe dividirse en una multitud de pequeñas patrias animales hostiles y destructoras unas de otras.

CARTA SEXTA

En mi anterior carta he hecho ver cómo el patriotismo, mientras es cualidad o pasión natural, procede de una ley fisiológica, precisamente de la que determina la separación de los seres vivos en especies, en familias y en grupos.

La pasión patriótica es evidentemente una pasión solidaria. Para encontrarla más explícita y más claramente determinada en el mundo animal, es menester, pues, buscarla sobre todo entre las especies de animales que, como el hombre, están dotadas de una naturaleza eminentemente sociable; entre las hormigas, por ejemplo, las abejas, los castores y muchos otros que tienen costumbres comunes estables; así como entre las especies que vagan en rebaños; los animales de domicilio colectivo y fijo representan, desde el punto de vista natural, el patriotismo de los pueblos agrícolas, y los animales vagabundos en rebaños el de los pueblos nómadas.

Es evidente que el primero es más completo que el último, que por su parte no implica más que la solidaridad de los individuos en el rebaño, mientras que el primero agrega aún la de los individuos con el domicilio o el suelo que habitan. La costumbre, que para los animales como para el hombre constituye una segunda naturaleza, ciertos modos de vivir, están mucho mejor determinados, mejor establecidos, entre los animales colectivamente sedentarios, que entre los rebaños vagabundos, y las costumbres diferentes, esas maneras particulares de existir, constituyen un elemento esencial del patriotismo.

Podría definirse el patriotismo natural del siguiente modo:

Es un afecto instintivo, maquinal y completamente desprovisto de crítica, por costumbres de existencia colectivamente adquiridas y hereditarias o tradicionales, y una hostilidad completamente instintiva y maquinal contra toda otra manera de vivir. Es el amor de los suyos y de lo suyo y el odio de todo lo que tiene un carácter extraño.

El patriotismo es, pues, un egoísmo colectivo por una parte y la guerra por otro lado.

No es una solidaridad bastante poderosa para que los indi-

esa abstracción del Estado, paralela a la abstracción histórica llamada Iglesia.

He dicho que el Estado, por su principio mismo, es un inmenso cementerio al que van a sacrificarse, a morir, a enterrarse, todas las manifestaciones de la vida individual y local, todos los intereses de las partes cuyo conjunto constituye precisamente la sociedad.

Es el altar en que la libertad y el bienestar de los pueblos son inmolados en aras de la grandeza política; y cuanto más completa es esta inmolación, más perfecto es el Estado.

Digo, en resumen, y esta es mi convicción, que el imperio de Rusia es el Estado por excelencia, el Estado sin retórica y sin frases, el Estado más perfecto de Europa. Por el contrario, todos los Estados en que los pueblos pueden aún respirar, son, desde el punto de vista del ideal, Estados incompletos, como todas las Iglesias, comparadas con la Iglesia católica romana, son Iglesias incompletas.

He dicho que el Estado es una abstracción devoradora de la vida popular. Mas, para que una abstracción pueda nacer, desarrollarse y seguir existiendo en el mundo real, es menester que haya un cuerpo colectivo, real, interesado en su existencia.

No puede serlo la masa popular, puesto que ésta es precisamente la víctima; debe serlo un cuerpo privilegiado, el cuerpo sacerdotal del Estado, la clase gobernante y poseedora, que es en el Estado lo que la clase sacerdotal en la religión, los sacerdotes en la Iglesia.

Y efectivamente, ¿qué vemos en toda la historia?

El Estado ha sido siempre patrimonio de una clase privilegiada cualesquiera: clase sacerdotal, clase nobiliaria, clase burguesa; clase burocrática al fin, puesto que estando agotadas todas las demás clases, el Estado cae o se eleva; pero es menester absolutamente para la salvación del Estado que haya una clase privilegiada cualquiera a quien interese su existencia.

Y el interés solidario de esta clase privilegiada es precisamente lo que se llama **patriotismo**.

CARTA QUINTA

El patriotismo, en el sentido complejo que se atribuye ordinariamente a esta palabra, ¿ha sido nunca una pasión o una virtud popular?

Con la historia a la vista, no vacilo en responder a esta pregunta por un **no** decisivo.

Y para probar al lector que no hago mal en responder así, pídole permiso para analizar los principales elementos que, combinados de modos más o menos distintos, constituyen esa cosa que se llama patriotismo.

Cuatro son los dichos elementos:

- 1.º El elemento natural o fisiológico.
- 2.º El elemento económico.

3.º El elemento político.

4.º El elemento religioso o fanático.

El elemento fisiológico es el fondo principal de todo patriotismo sencillo, instintivo y brutal. Es una pasión natural y que, precisamente porque es demasiado natural, esto es, completamente animal, se halla en contradicción flagrante con toda política, y lo que es peor, embaraza mucho el desarrollo económico, científico y humano de la sociedad.

El patriotismo natural es un hecho puramente bestial, que se encuentra en todos los grados de la vida animal, y aun se podrían decir, hasta cierto punto, en la vida vegetal.

El patriotismo tomado en este sentido es una guerra de destrucción, es la primera expresión humana de ese grande y fatal combate por la vida que constituye todo el desarrollo, toda la vida del mundo natural o real, combate incesante, entredevorante universal que alimenta cada individuo, cada especie, con la carne y con la sangre de los individuos de las especies extranjeras, y que renovándose fatalmente a cada momento, a cada instante, hace vivir, prosperar y desarrollarse las especies más completas, más inteligentes, más fuertes, a expensas de las otras.

Los que se ocupan en agricultura o jardinería saben lo que les cuesta preservar sus plantas contra la invasión de especies parásitas que vienen a disputarles la luz y los elementos químicos de la tierra, indispensables a su alimentación. La planta más poderosa, la que mejor se adapta a las condiciones particulares del clima y del suelo, desarrollándose siempre con un gran vigor relativo, tiende, naturalmente, a ahogar a las demás. Es la que tiene lugar una lucha silenciosa, pero sin tregua, y se hace necesaria toda la enérgica intervención del hombre para proteger contra aquella invasión fatal las plantas que prefiere.

Esta lucha se reproduce, sólo que con más movimiento dramático y más ruido en el mundo animal. No es ya un estrangulamiento silencioso e insensible. La sangre corre, y el animal desgarrado, devorado, torturado, llena el aire de sus gemidos. Y por último, el hombre, el animal parlante, introduce la fase primera en esta lucha. Y esta fase titúlase el patriotismo.

El combate por la vida en el mundo vegetal y animal, no es solamente una lucha individual; es una lucha de especies, de grupos y de familias, unos contra otros. Hay en cada ser vivo dos instintos, dos grandes intereses principales: el de la alimentación y el de la reproducción.

Desde el punto de vista de la alimentación, cada individuo es el enemigo natural de todos los otros, sin consideración ninguna de lazos de familia, de grupos, de especies. El proverbio: «Los lobos no se comen unos a otros», no es exacto sino mientras los lobos encuentran para alimentarse animales pertenecientes a otras especies; pero todos sabemos de sobra que en cuanto les faltan estos últimos, se devoran tranquilamente entre sí.

Los gatos, los puercos y otros muchos irracionales, se

comen muchas veces sus propias crías, y no hay animal que no haga esto impulsado por el hambre.

¿No comenzaron las sociedades humanas por la antropofagia? Y quién no oyó las historias lamentables de marinos naufragados y perdidos en el océano, sobre cualquier frágil embarcación, privados de alimento, y decidiendo por la suerte cuál de ellos había de ser sacrificado y comido por los otros? Por último, durante aquel hambre terrible que diezmó la Algeria, ¿no vimos a las madres devorar a sus hijos?

Es que el hambre es un rudo e invencible déspota, y la necesidad de alimentarse, necesidad completamente individual, es la primera ley, la condición suprema de la vida humana y social, como también la de la vida animal y vegetal. Rebelarse contra ella, es aniquilar todo lo demás, es condenarse a la nada.

Pero junto a esta ley fundamental de la naturaleza viva, hay otra, en la misma medida esencial, la reproducción.

Tiende la primera a la conservación de los individuos, la segunda a la constitución de familias, de grupos, de especies. Los individuos, impulsados para reproducirse por una necesidad natural, tratan de unirse a los individuos que por su organización están más cerca de ellos, que se les parecen. Hay diferencias de organización que hacen la unión estéril y aun por completo imposible. Esta imposibilidad es evidente entre el mundo vegetal y el mundo animal; y aun en este último, la unión de los cuadrúpedos, por ejemplo, con las aves, los peces, los reptiles o los insectos, es igualmente imposible. Si nos limitamos sólo a los cuadrúpedos, encontramos la misma imposibilidad entre los distintos grupos, y llegamos a la conclusión de que la capacidad del enlace y el poder de la reproducción no son reales para cada individuo, sino en una esfera muy limitada de individuos que, hallándose dotados de una organización igual o semejante a la suya, constituyen con él el mismo grupo o la misma familia.

Estableciendo el instinto de reproducción, el único lazo de solidaridad que puede existir entre los individuos del mundo animal, allí donde la capacidad de enlace acaba, toda solidaridad animal cesa también. Todo lo que resta fuera de esa posibilidad de reproducción para los individuos, constituye una especie distinta, un mundo absolutamente extraño, hostil y condenado a la destrucción; todo lo que hay dentro, constituye la gran patria de la especie, como, por ejemplo, la humanidad para los hombres.

Pero esta destrucción o este entredevoramiento mutuo de los individuos vivos, no sólo se encuentran en los límites de ese mundo reducido que llamamos la gran patria; los encontramos también feroces, y a veces más feroces, en mitad mismo de ese mundo, a causa precisamente de la resistencia y de la competencia que encontraban, y porque las luchas tan crueles del amor se unen allí a las del hambre.

Por otra parte, cada especie de animales se subdivide en grupos y familias diferentes, bajo la influencia de las condiciones geográficas y climatológicas de los distintos países que habita.

ciado, envidioso y malo. La confesión abre a este hombre, que no tiene familia, la puerta de todas las familias. — MICHELET.

Los pueblos no serán felices, decían en la revolución, hasta que el último de los reyes, haya sido estrangulado con las tripas del último de los frailes. — DANTON.

A los mercaderes del Templo:

Nos habéis dicho que existe un Dios todopoderoso que juzga a los vivos y a los muertos en el reinado de los cielos. ¡Enseñadnos las pruebas!

—Que existe un paraíso y un infierno para después de la muerte. ¡Dadnos una demostración!

—Que Jesucristo, hijo de Dios, bajó a la tierra y subió al cielo para redimirnos. ¡Sufragad esta afirmación con los documentos de la historia!

—Que vosotros sois los legítimos intermediarios entre la tierra y el cielo, entre el hombre y el «creador». ¡Exhibidnos las credenciales!

—Que la vuestra es una vida de apostolado y santa vuestra misión. ¡Explicadnos cómo vivís!

—Que la gloria eterna del cielo es reservada para los pobres y los hambrientos. Y bien: ¡Decidnos, pues, por qué os enriquecéis!

—Que la humildad, la simplicidad, el sacrificio, son los requisitos que más predilige vuestro sumo Dios. ¿Por qué, entonces, vivís como príncipes y os ahogáis en medio de montones de oro?

Vuestro paraíso es una fábula, vuestro Dios una mentira, vuestro Cristo un pedazo de madera, vuestro oficio de intermediarios un embuste, vuestra santa religión: el más solemne cuento del tío de que ha sido víctima la humanidad.

(De EL BURRO, semanario anticlerical ilustrado, Buenos Aires, 1918.)

LA IGLESIA

¡Pueblo detente! no entres a la iglesia
donde moran el lujo y la riqueza,
donde vive borracho de grandeza,
un hombre que predica la humildad.

¡Pueblo detente! porque allí se incuba
bajo el calor de una moral insana,
entre el ancho nidal de la sotana:
¡el vicio, la mentira y la maldad!

¡Pueblo detente! no entres a la iglesia
infecto lodazal en donde el cura,
remueve la inmundicia más impura
salpicando con ella en derredor.

¡Ay! a veces las candidas conciencias,
suele manchar cual virus venenoso,
el horrendo contacto contagioso
del que llaman ministro del Señor.

¡Aléjate de allí! pueblo, si quieres
que no mueran tus grandes rebeldías,

que allí intentan vencer tus energías
con el arma traidora de la fe.
La fe; ¿sabes lo qué es? Es la ignorancia,
que infunden los frailes sin sonrojos
negra venda que cae sobre los ojos
del creyente infeliz que nada ve.

Yo quisiera morir, ¡oh, pueblo mío!
antes que verte manso y reducido,
y cual débil rebaño conducido, al que han dado a
llamar templo de Dios,
cuando es sólo altar de las mentiras,
antro horrible de pútridas pasiones,
que enardecen los viles corazones,
de esos que finjen ir del cielo en pos.

La Iglesia es la serpiente oscura, bicho inmundito
gigantesco reptil que da la vuelta al mundo.

GUERRA JUNQUEIRO

Una realización de Vladimir Muñoz.



TRIBUNA DE LIBRES OPINIONES

INDIVIDUALISMO Y FRATERNISMO

— I —



Es idéntica manera que los conformistas burgueses interpretan unilateralmente el luminoso vocablo **anarquía**, como sinónimo de «desorden», contrariamente a la meridiana definición de Reclus («La más alta expresión del orden»); de idéntico modo, no pocos libertarios confinados en las concepciones socialistas entienden erróneamente el término «individualismo».

Aparece este no menos luminoso término como una especie de «egoísmo», así como también mera «misantropía» y «escepticismo». Nada más falso.

El individualismo es la autoafirmación de la personalidad humana, la soberanía ética de sí mismo —económica dentro de los límites que la sociedad gregaria circundante permita— que, lejos de restringirse en una «torre de marfil» hermética y en un «narcisismo» preciosista, florece en un fraternismo clarividente y respetuoso de las individualidades ajenas.

— II —

El individualismo anarquista, tomando como base la soberanía ética, de la individualidad humana, descuida el factor de la «liberación económica» de la humanidad considerada en bloque. Aboga por el mutualismo proudhoniano con permanente carácter presenteista, en pleno seno de la sociedad dominista. Tiene sus raíces en el experimento solitario de Thoreau en Walden y en las colonizaciones mutualistas de Warren. Se afirma de un modo perdurable y hasta la fecha no sobrepasado, en el unicismo de Stirner. Ha sido divulgado ampliamente por los anarquistas científicos (o «philosophical anarchists») cuyas figuras de más relieve fueron Stephen Pearl Andrews y Benjamin R. Tucker. Su descollante figura, en la actualidad, es E. Armand, consagrado ya como una de las figuras cimeras del anarquismo.

El anarco-comunismo (o «socialismo libertario») pretende transformar la sociedad burguesa en una sociedad libertaria, más o menos como la descrita en sus utopías por Dejacques, Grave, Morris, Faure, etc., mediante un fenómeno hipotético llamado «revolución social», promovido principalmente por las clases explotadas, más conocidas como «pueblo». A tal efecto, los anarquistas partidarios de tal tendencia se han acercado al pueblo mediante una modalidad sindicalista («anarco-sindicalismo») o gremialista («forismo»). Sus experimentos parciales (es decir, reducidos a una nación) han tenido lugar en la

Ukrania de Mahno y en la revolución de España. Se hallan sus raíces en el sociólogo Godwin, el revolucionarismo de Bakunin y la organización de la Primera Internacional hasta el diferendo con Marx, en el comunismo del sabio Kropotkin y del gran militante Malatesta, en el libre cienticismo de Reclus, en el militantismo obrerista de Anselmo Lorenzo y Ricardo Mella, etc., y en toda una pléyade de hombres ilustrados o humildes autodidactas que a través de casi una centuria culminan en Herbert Read, el expositor actual de más valía de la tendencia comunista libertaria.

— III —

Historiando el resultado de las realizaciones de ambas tendencias hermanas, puede concluirse:

a) La tendencia individualista proyectada en el mutualismo práctico, tuvo su origen y culminación en los experimentos de Warren, calificado por unos como «el Proudhon americano» y por otros por el primer anarquista de América («The first american anarchist»). Los ensayos posteriores jamás alcanzaron la amplitud de la colonia anarquista de Warren, llamada «Modern Times» (situada en Long Island). Los demás anarquistas científicos americanos fueron más bien expositores de las teorías y prácticas de Warren, como es de ello ejemplo la larga campaña efectuada al efecto por Tucker en «Liberty». El mismo Armand en sus cinco decenios infatigables de propaganda anarco-individualista no ha podido dar origen a una comunidad como la citada de Warren. Depositario de los ideales de los precursores y pioneros anarquistas individualistas del pasado, Armand, al igual que Read en la tendencia hermana, es el expositor y comentador de más valía y capacidad del individualismo anarquista.

b) La tendencia comunista del anarquismo en Ucrania, tuvo un carácter nacionalista (es decir, confinado solamente a esa nación que es Ucrania) y violento, pues sus partidarios tuvieron que guerrear constantemente contra ciertas fuerzas armadas blancas o rojas, siendo finalmente derrotados. Archinoff y Volin han comentado esta situación con la amplitud debida.

c) Merece comentario aparte la experiencia española del anarquismo. Como es sabido por todos los estudiosos, la nación en donde tuvieron más aceptación las ideas internacionalistas de Bakunin y sus partidarios, fué España. Si en Pablo Iglesias se afirmó en parte la desviación marxista, en Anselmo Lorenzo se afianzó el sindicalismo anarquista. Los españoles tuvieron figuras descollantes como Ricardo

Mella en la exposición teórica del anarco-comunismo. Pedagogos como Francisco Ferrer, secundados por seres de altura y valía (tal la directora de «La Escuela Moderna, Clemencia Jacquinot») ensayaron hasta la brutal represión, la educación libertaria de la infancia. Hubo en tal país focos aislados de implantación del comunismo libertario en Andalucía y otras regiones, culminando en la insurrección asturiana de 1934, ahogada también en sangre por la represión capitalista.

La llamada revolución española, historiada por Peirats y parcialmente por numerosos escritores (1) fué más bien provocada o precipitada por el golpe de Estado fascista que instauró la tiranía del sicario Francisco Franco. El carácter inicial, fué insurreccional (combates de Atarazanas y otros lugares), pero como alcanzó una amplitud nacional, siendo dividida España en dos partes («nacionalista o facciosa y republicana»), dejó pronto de ser la «revolución violenta y necesaria» proclamada por los anarquistas comunistas, como inevitable transición hacia la sociedad libertaria que tenían y tienen como meta, para pasar a ser a los escasos meses, una simple «revolución política». De ello es testimonio la desviación del cenetismo español con sus posiciones «antifascistas» y «gubernamentalistas».

Al margen del desviacionismo político y «circunstancial» (?) del anarco-comunismo español en la referida revolución, el campesinado andaluz, levantino o aragonés puso en marcha toda una serie de «colectividades» que, ellas sí, pueden realmente encuadrarse en las realizaciones anarquistas habidas hasta la fecha. Aunque parezca paradójico, tales realizaciones, entran de lleno, en las concepciones del anarquismo individualista, lo que testimonia, que por ahora, los anarquistas sólo pueden realizar en la práctica el mutualismo proudhoniano, sea en las industrias o en el agro.

ch) La experiencia revolucionaria española, en el sentido aquí estudiado, casi hace zozobrar a las concepciones verdaderas del anarco-comunismo. Viejos militantes como Faure, tuvieron una gran desilusión por el cariz «político» de los acontecimientos y dejaron páginas aleccionadoras e imperecederas sobre el fenómeno «desviacionista». El conocido anarquista galo, escribió al efecto, su luminoso folleto **La pendiente fatal**, que publicaron en castellano nuestros viejos y queridos amigos de la F.O.R.U. uruguaya.

d) La posición «pactista» con los sectores políticos obreristas («antifascismo») inevitablemente es un callejón sin salida, marginado por el politicismo. El veneno político casi ahoga al anarco-sindicalismo español, sea por las represiones del sector político (semana sangrienta de mayo de 1937 en Cataluña) o por la gangrena autoritaria que roía sus cimientos (infatigables debates sobre el «colaboracionismo» en el exilio).

e) En realidad, aparte del colectivismo (también ocurrido en algunos sectores industriales) no existió una experiencia anarco-comunista global en el terri-

torio «republicano», debido a que el pueblo español, como todos los pueblos, está compuesto por diversos elementos sociales, abogando unos por el Estado y otros por su ausencia. (En España, desde luego, esta última tendencia ha prevalecido en ciertas regiones, principalmente en Cataluña).

— IV —

Los hechos examinados brevemente en el capítulo anterior asimismo demuestran:

1) Que el florecimiento pasado de personalidades cumbres, como el sabio Kropotkin, expositor científico del anarco-comunismo; el desarrollo creciente del industrialismo y del «proletariado» urbano que le sirva de base; la culminación del descontento social que alcanzó su cénit hacia el novecientos, etc., creó un impresionismo algo ingenuo, pues se creía que la «liberación» de la sociedad era cosa de días. Toda una literatura social circulaba y era leída con avidez por el pueblo y por los de arriba. (Los editores comerciales Sempere en España y Stock en Francia hacían su agosto editando la sociología libertaria.)

2) Hubo sus choques sangrientos con los conservadores del desorden autoritario: los hechos de Chicago lo testimonian. El «ilegalismo» estaba en la orden del día. Arma de dos filos que casi siempre corrompe y contra la cual protestó el sabio Kropotkin. También se realizó el tiranicidio, etc. Las consecuencias de la «violencia revolucionaria» han dado por resultado histórico lo siguiente: que en vez de aminorar el poder estatal lo han afianzado mediante las tiranías imperantes. Tal es la conclusión también de Emma Goldman («Living my Life»).

3) La insurrección armada revolucionaria, como primera fase, para la transformación libertaria de la sociedad, sigue estando en el terreno conjetural, por la razón evidente de que el pueblo a liberar no es libertario más que en reducida minoría (mundialmente considerando) y que por lo tanto, el fenómeno «contrarrevolucionario» es más que evidente, como lo demuestra el caso español.

4) Estudiando la sociedad tal cual es y no tal cual nos imaginamos que podría ser, la liberación de la «humanidad»—de realizarse algún día—ha de ocurrir la cosa en un futuro milenario. El «apresuramiento» es un infantilismo. Se es anarquista por sensibilidad, se critica al carnaval megalomano de la sociedad por esencia acrata, se practica hasta donde sea posible la ética anarquista por dignidad, etc. Mas se está libre de «esperanzas inmediatas»...

5) El fenómeno «desviacionista» ha ocurrido siempre que los anarquistas de todas las tendencias se han limitado el presente político. El «manifiesto de los diez y seis» apoyado por el mismo Kropotkin y también respaldado por Tucker, lo demuestra. La posición de Rocker no ha mucho ha sido otro campanazo de desviacionismo. Si se deja la ética anarquista con afanes presenteistas de reformismo social, se acaba por deformarse a sí mismo.

6) Los anarquistas comunistas, inevitablemente, han de proseguir su proselitismo social, pero deberán pasar a la práctica en el sentido individualista del anarquismo, es decir, en el mutualismo (o «colec-

(1) Ultimamente por A. Souchy, en NAGHT UBER SPANIEN.

tivismo» entre los españoles). Es ello posible hoy mismo (la colonia Aymare lo ejemplariza en parte.) La proliferación del mutualismo proudhoniano estará en proporción al incremento práctico de las realizaciones colectivistas que emprendan los anarco-comunistas. Todo intento de cambiar hoy la sociedad en bloque, debido a su marcado carácter dominista-servilista del 95 por ciento de sus componentes, es suicida.

— V —

En la libre y cortés confrontación de las ideas, aparece un factor que los anarquistas comunistas han descuidado algo: el ético. Angustiados por la miseria económica del pueblo se han inclinado en la lucha en pro del mejoramiento y de la equidad económica. Han entrado, pues, de lleno en el terreno socialista. Y aunque parezca algo aventurado, son más bien «socialistas» que anarquistas. Verdaderos socialistas, socialistas libertarios si se quiere, representan la «extrema izquierda» del socialismo (es lo que comprendió y advirtió el gran militante holandés Domela Nieuwenhuis en su periódico *De Vrije Socialist*).

— VI —

Yo me inclino, por reflexión hacia el mutualismo del individualismo anarquista. Creo que en el terreno de las realizaciones es el único sendero viable, como ya he expuesto, que les queda a todos los anarquistas. Y para no involucrar demasiado y restringirme al tema del individualismo en sí, mencionaré en este capítulo dos nuevos apartados que creo dignos de exposición:

a) La «sociedad» en que se vive es una consecuencia del desarrollo autoritario de la misma. Es por demás ingenuo el pretender que el mal reside en la forma autoritaria en que se rige, primordialmente. El mal reside en la sociedad en sí (la «sociedad» es el mal y no únicamente la forma más o menos despótica o liberal de los gobiernos que la rigen). De vivir la humanidad en un lejano futuro, en una «sociedad libertaria» la imagen de la misma estará en los antipodas de la estructuración social de hoy. El malogrado compañero Pedro Esteve en su libro *Reformismo, Dictadura y Federalismo* piensa al efecto: «...Muchos de los nuestros, no creo equivocarme si digo la generalidad, creen que al hacer la revolución, al abolir al gobierno, toda autoridad cesará, y al expropiar a la burguesía, todo seguirá funcionando regularmente, con mayor facilidad que la del agua que surge de los manantiales. Todo el maquinismo burgués creado y mantenido por la explotación, creése que seguirá funcionando en nuestras manos. No han pensado que la cooperación necesita de un organismo muy distinto que se tendrá que crear. La culpa de que la generalidad no se haya dado cuenta de ello, la tenemos en parte nosotros, los propagandistas del ideal que movidos del afán del proselitismo, nos hemos esforzado en hacer la cosa lo más fácil del mundo, en la solución de todos los problemas futuros, sin que queden excluidos de esta culpa, las más grandes inteligen-

cias habidas en nuestro campo. La idea de Kropotkin de que «el pueblo de por sí, si no le mistificasen las ideas, llevaría siempre la revolución a su justo término», la fórmula comunista de «a cada uno según sus necesidades y de cada uno según sus fuerzas» y la «toma del montón» de Reclus, junto a la demostración por nosotros hecha de que abolida la explotación y la autoridad, desaparecerán de entre los humanos todos los instintos brutales, todos los males que ambas causan, han hecho creer a los más que lo que realmente importa es la revolución. El resto vendrá de por sí, como por encanto. Es esta una idea equivocadísima. Podrá abatir la revolución todas las trabas artificiales que se oponen al libre desenvolvimiento de la humanidad; pero la individualidad de cada uno al día siguiente de la revolución no será muy diferente de la del día antes. Muchos de los que se creen superiores a los demás por haber podido concebir la realización de un ideal más grande, más justo, más sublime, en la vida práctica no se distinguen gran cosa de los otros», etc. Declaración que concuerda con la que he expuesto más arriba. El infatigable animador de «Cultura Proletaria» neoyorkina era un hombre clarividente (1).

b) Aparte ciertas figuras muy estudiosas del anarquismo (Nettlau, Rocker, Armand, etc.) asombra la ignorancia que de tal término tienen los mismos anarquistas. Los más creen que su concepción unilateral del anarquismo es la única «verdadera». No estará de más repetir que «el anarquismo es un conjunto de tendencias libertarias y antiestatales que tienen como fin la convivencia individual y colectiva de los seres humanos, basada en una base libérrima». Aunque aun parezca asombroso, aparte Nettlau en el terreno histórico (aunque Nettlau era más bien un «especialista» en historia bakuniana), ningún anarquista ha escrito un tratado de la anarquía con la amplitud debida. Todos se han confinado en la tendencia que les ha sido más grata. Hay que acudir, pues, fuera del campo del anarquismo, para poseer de él una visión certera y completa. Puede acudir a Elzbacher en su *DER ANARCHISMUS*, aunque su visión panorámica es asaz incompleta y poco documentada. Es en el juriconsulto italiano Ettore Zoccoli, enemigo de talla con el cual ideológicamente puede uno medirse a gusto, en donde están estudiadas las diversas concepciones del anarquismo con la imparcialidad y diversidad debidas. (*L'ANARCHIA*).

Epilogando este capítulo, he aquí una lista de obras, que bien pueden servir como iniciación a todos cuantos empiezan ahora interesándose por las concepciones anarquistas de la vida:

L'ANARCHIA, de Ettore Zoccoli.

EL ESTADO, ENEMIGO NUMERO 1, de Reginald Bremmer.

EL UNICO Y SU PROPIEDAD, de Max Stirner.

EVOLUCION Y REVOLUCION, de Elíseo Reclus.

(1) Un gran extracto del libro de Esteve, ha sido publicado por el suplemento anual (en ocasión del Primero de Mayo de 1955) de «Solidaridad» (F.O. R.U. uruguaya).

EL APOYO MUTUO Y LA CONQUISTA DEL PAN, de Pedro Kropotkin.

DIOS Y EL ESTADO, de Bakunin.

EL PENSAMIENTO LIBERAL EN LOS ESTADOS UNIDOS, de R. Rucker.

WALDEN, de Henry-David Thoreau.

EL ABC DEL COMUNISMO LIBERTARIO, de Alejandro Berkman.

THE SOVEREIGNTY OF THE INDIVIDUAL, de S. P. Andrews.

IDEARIO, de Ricardo Mella.

TRUE CIVILIZACION, de Josiah Warren.

MI COMUNISMO, de Sebastián Faure.

DER FREIHEITSUCHER, de J. H. Mackay.

INVESTIGACION ACERCA DE LA JUSTICIA POLITICA, de W. Godwin.

L'INITIATION INDIVIDUALISTE ANARCHISTE, de E. Armand.

NOTICIAS DE NINGUNA PARTE, de W. Morris.

ENTRE CAMPESINOS y EN EL CAFE, de Enrique Malatesta.

FUERZA Y MATERIA, de L. Büchner.

LA BODEGA Y LA CATEDRAL, de V. Blasco Ibáñez.

LA SOCIEDAD MORIBUNDA Y LA ANARQUIA, de J. Grave.

INSTEAD OF A BOOK, de Benjamin R. Tucker.

LA IRRELIGION DEL PORVENIR, de Guyau.

FILOSOFIA DEL ANARQUISMO, de C. Malato.

EL PROLETARIADO MILITANTE, de Anselmo Lorenzo.

¿QUE ES LA PROPIEDAD?, de Proudhon.

DER VORFRUHLING DER ANARCHIE, de Max Nettlau.

L'INDIVIDUALISME DANS L'ANTIQUITE, de Han Ryner.

EL INDIVIDUO CONTRA EL ESTADO, de Spencer. Etc., etc.

— VII —

Merece que nos detengamos un poco en Stirner. La obra de este individualista alemán, DER EINZIGE UND SEIN EIGENTHUM (EL UNICO Y SU PROPIEDAD) provocó el «pánico ideológico» en Kropotkin. No fué el solo en asustarse. Muchos han interpretado pésimamente a Stirner en el campo del anarquismo (García Pradas en un artículo de «Ruta» titulado «El salvajismo de Stirner» lo califica casi de «monstruo»). Recuerdo que cierta vez en un villorio de España el compañero dramaturgo Mongé me decía que (refiriéndose al arte) «para hablar debidamente de un tema hay que estar versado profundamente en él». Si de horticultura se trata, mi caso es enmudecer y escuchar deferente las explicaciones de un hortelano. El ser más capacitado para interpretar a Stirner es E. Armand. (Tal es la conclusión de F. Planche—autor de las recientes biografías de Luisa Michel y Kropotkin—en su introducción a la más reciente reedición de la obra de Stirner, prologada magistralmente por el veterano Armand.)

Paseando con una viejita evangélica, oriunda de España, en una comunidad religiosa-comunista del Alto Paraguay, luego de mis catorce horas de manual trabajo, el bonzo que la dirigía salió de entre

unos arbustos y exclamó: «No hay que individualizarse, lo esencial es olvidarse de sí mismo.» Esta alusión al gregarismo, al confinamiento de la individualidad humana a un mismo común denominador, hace amar el unicismo stirneriano.

La obra de Stirner—como asevera Nettlau—fué escrita como una reacción hacia los escritos neo religiosos de los alemanes de entonces, como Feuerbach en su «Esencia del Cristianismo». Stirner no sólo antepone su personalidad al fantasma deista, sino que hace tabla rasa con cuantos fantasmas reducen al individuo a un número de un determinado rebaño que en serie piensa. Es único y se pertenece. Su vida es suya (de ahí su unicismo) y es propietario de la misma. A todos cuantos entienden que su vida es «colectiva», sea para sacrificarla en aras del Estado militocrata o de la tiranía económica, opina que él está situado «al margen» del gregarismo humano.

Debido a que el vocablo «humanidad» se presta al confucionismo reinante, y lo utilizan como slogan proselitista los sensibleros religiosos, hace tabla rasa también con tal término. Y es aquí donde el bueno de Kropotkin, se asustó un poco. Ese EGO AND HIS OWN, de Stirner, no es de ningún modo «egoísta» en el sentido burgués y conformista. Proclama el sabio de Bayreuth los VEREINS (asociaciones) de únicos para fines libremente pactados. Un stirneriano, si ello le agrada, puede ser—sin menoscabo de su personalidad—un militante obrero en un sindicato anarquista. Lo esencial, es que el «comunismo» no se prostituya en gregarismo conventual o estatal y que de cuantas experiencias haga, salga intacta y libre su personalidad.

— VIII —

Creo haber ya explicado lo suficientemente claro que el individualismo anarquista es mutualismo presenteista, mientras que el comunismo anarquista tiende a la transformación global del armazón social mediante la revolución social. Creo también haber explicado meridianamente que, los anarquistas de ambas tendencias, de querer realizar localmente (único modo de realización por el momento) su ideología fraternista, deben abogar por el mutualismo proudhoniano, sea en el agro o sea en la industria.

¡Qué no se venga, pues, exclamando que el individualismo es un «atrincheramiento» escéptico o una «exaltación»!

— IX —

Pasemos ahora a estudiar al individualismo en sí, si ningún calificativo. Ateniéndonos al concepto del compañero Mongé, acudamos a los más versados al respecto:

«Existe siempre una individualidad del rostro, de la estatura, del aspecto, de la voz, que caracteriza a cada uno, y cada una de estas peculiaridades es inseparable de la persona; ésta no tiene poder para apartarse de ellas, pues ellas constituyen su individualidad física, y si no fuera así, la confusión más monstruosa desorganizaría todas nuestras relaciones sociales. Cada cual podría ser llamado con el mismo nombre. Una persona sería tomada por otra. Nues-

otros conocidos y amigos serían extraños para nosotros, y viceversa... El hecho de que esas peculiaridades de cada uno sean inseparables de cada uno, que no sean conquistadas o «enajenadas» en cada uno, es, aparentemente, el único elemento de orden social que el hombre no ha derribado o sofocado en su loca carrera de «política» y utilitarismo; y esto, además, es testimonio de su primera ascensión hacia el orden y la armonía.

«He hablado sólo de cuatro de los elementos que constituyen la individualidad física de cada persona, y aun esos elementos están tan diversamente combinados en cada uno de nosotros, que no se encuentran dos individuos con los mismos. ¿Qué debemos deducir, por consiguiente, de las miríadas de combinaciones de impresiones, pensamientos y sentimientos, que constituyen la parte mental de cada individuo? Todo pensamiento, todo sentimiento, todo impulso es, en el momento de su existencia, una parte constituyente del individuo, como el rostro o la talla; y, sin embargo, todas las instituciones humanas nos exhortan a que seamos iguales en pensamiento, motivo y acción. No sólo no hay dos espíritus iguales, sino que ninguno de ellos permanece idéntico a sí mismo de una hora a otra. Viejas impresiones se borran, otras nuevas hacen su aparición; constantemente son formadas nuevas combinaciones de viejos pensamientos, y viejas combinaciones desaparecen. La atmósfera circundante, el contacto con diversas personas y circunstancias, el alimento que nos permite subsistir, las condiciones de los órganos vitales, la circulación de la sangre y otras muchas influencias, todo esto se combina y obra diversamente en cada constitución individual, y, como los cambios del calidoscopio, raramente o nunca se presentan dos iguales, incluso en el mismo individuo».

Quien no haya comprendido aún lo que es el «individualismo» con estas declaraciones magistrales de Warren (TRUE CIVILIZATION, 1863) mejor es que deje de leerlos, pues al empuñar la pluma no nos guía ningún afán sensiblero y «admirativo». Lo hacemos con ánimo educacionista. No obstante, he aquí ahora la opinión de Rocker sobre el individualismo interpretado por Warren: «Partiendo de estos principios, anunció Warren la soberanía del individuo en lugar de la soberanía del pueblo y como, según su condición, cada ser humano representa una unidad física y psíquica especial, quería que cada cual fuese su propio gobierno y su propio legislador. Es decir, ningún otro debía tener el derecho a inmiscuirse en la formación de la vida personal. Pero en lo que se refiere a las relaciones sociales de los hombres, encuentran estas su fundamento esencial, según la interpretación de Warren, en el intercambio equitativo de los productos de su trabajo, que excluye toda explotación de los unos por los otros». (PIONEERS OF AMERICAN FREEDOM, 1949).

Warren, el primer pionero del anarquismo americano de origen blanco, el que declarara que «Busca la libertad el hombre, como la brújula el polo, como el agua la horizontal superficie, y la sociedad no llegará al sosiego hasta que sus miembros sean realmente libres»...

— X —

¿Qué es la soberanía del individuo? Iluminando conceptos, acudamos ahora a Stephen Pearl Andrews, uno de los filólogos más eruditos de todos los tiempos y, a no dudar, la persona más culta que pasó por la ideología anarquista.

«La soberanía del individuo—en cierto sentido ella misma un principio—nace del principio de la individualidad, todavía más fundamental, que penetra toda la naturaleza universal. La individualidad es positivamente el principio más fundamental y universal que el espíritu finito parece capaz de descubrir, y la mejor imagen de lo infinito. No hay en el universo dos objetos que sean completamente iguales. Cada cual tiene sus características y peculiaridades que le distinguen de cualquier otro. La diversidad infinita es la ley universal. En la multitud de los rostros humanos, por ejemplo, no hay dos iguales, y en la multitud de los caracteres humanos existe la misma variedad. Esto se aplica por igual a las personas, a las cosas y a los acontecimientos. No hubo dos sucesos completamente iguales durante todos los periódicos cíclicos del tiempo. No hay acción, transacción o cúmulo de circunstancias, cualesquiera que sean, que corresponda precisamente a otra acción, transacción o cúmulo de circunstancias. Si tuviese un conocimiento preciso de todos los sucesos que han tenido lugar en esta hora, ello no bastaría para formular una noción aplicable en todo momento, al próximo suceso que haya de tener lugar, ni a otro cualquiera de los numerosos millones de acontecimientos que ocurrirán después. La diversidad impera a través del reino entero de la naturaleza, y se burla de todos los ensayos humanos para hacer leyes, o constituciones, o regulaciones, o instituciones gubernativas de cualquier naturaleza, que deben actuar justa y armoniosamente en medio de las contingencias imprevistas del futuro.»

Queda, pues, bien comprendido lo que se entiende por soberanía individual. Al tratar de coaccionarla se cae en el despotismo dominista.

— XI —

Llegados a esta altura, ¿qué debemos entender por individualista? Consultemos al veterano camarada Armand.

El infatigable animador del anarquismo-individualista presenta este programa:

«Soberanía del individuo como principio fundamental de toda reivindicación de orden social. Negación de la utilidad del Estado o de la intervención de toda institución gubernamental en las relaciones o los acuerdos entre individuos razonables. Desarrollo del espíritu crítico y de iniciativa en la educación individual. La vida como voluntad y responsabilidad. La violencia (dominismo, imposición, explotación, etc.), brutalidad, uso de la fuerza física o de las armas, etc., como fuente de los males que agobian al individuo. La reciprocidad como ética de la sociabilidad. Eliminación del sufrimiento en las relaciones condicionadas por la amistad y la camaradería. Fidelidad a la palabra dada y a las cláusulas libremente consentidas, y esto en todos los do-

minios. Asociacionismo, cooperativismo, mutualismo voluntarios y contractuales en todas las ramas de la actividad humana, pero garantía para el aislado de evolución al margen del grupo y de toda organización. Liberación de los prejuicios concerniendo la raza, la apariencia exterior, la desigualdad de los sexos, la condición social, la edad, etc. La vida personal como una obra de arte. La no invasión sobre el radio de actividad del prójimo como límite de la expansión de la personalidad. Eugenismo razonado y naturismo reflexionado. Educación sexual integral, pero combate contra la prostitución y la pornografía en todas sus formas, y denuncia de la idea considerando a la mujer como una «presa», una simple «necesidad fisiológica» o «mera carne de placer». Maestría de sí mismo sin renunciar a la alegría del vivir. El presenteísmo como antídoto contra las quimeras del mesianismo. Rechazo del dogma inspirado o revelado, religioso o social. Repudiación hacia el ocultismo y lo sobrenatural, etc. La benevolencia, la sensibilidad, el espíritu de comprensión y de conciliación, la lucha contra el «indiferentismo», como factores de vitalidad interior. Práctica de «barrer en la propia puerta» antes de ocuparse de los asuntos del prójimo. Interés hacia los medios libres, las aldeas individualistas, las escuelas libertarias. Familias de elección, pluralismo de las afecciones y de las amistades, excluido de preferencias y privilegios. Comprensión hacia los inconformistas, originales, irregulares, etc. En el caso de atención especial en un sentido cualquiera, éste se inclina incontestablemente hacia quien ha sufrido más a causa de la difusión o la realización de una o varias de las tendencias aquí expuestas. Posibilidad de las realizaciones, al menos parcialmente, de las partes constructivas de esta exposición, por la acción de la buena voluntad perseverante, etc.» (PRINCIPALES TENDENCIAS DE «L'UNIQUE» ET DES «INDIVIDUALISTES A SA FAÇON».)

En su obra capital (L'INITIATION INDIVIDUALISTE ANARCHISTE), Armand expone:

«El individualista anarquista escoge sus asociados, sus colaboradores, sus camaradas, los de «su mundo». No le han sido impuestos. No impone ninguno de ellos a nadie... Reserva el producto de su esfuerzo, el fruto de su labor a quien le conviene y lo rechaza a quien le desagrada o con quien no ha suscrito contrato alguno. Pero ese producto de su esfuerzo, ese fruto de su labor, que constituye su obra personal, su propiedad individual, entiende no obligar a nadie para que de él se vuelva adquiridor o beneficiario, cuando, si existe una ventaja, lo propone como realización recíproca... No habiéndose impuesto a nadie, se encuentra satisfecho cuando tiene la conciencia de que ha tendido, durante su vida, a poner sus actos de acuerdo con sus principios.»

Más adelante exclama:

«El individualista, tal cual lo concebimos nosotros—nuestro individualista—ama la vida y la fuerza. Proclama, exalta la dicha, la alegría del vivir. Reconoce sin limitaciones que tiene por finalidad su propia felicidad. No es una especie de asceta y la mortificación carnal le repugna. Es apasionado. Se presenta sin ostentación, la frente coronada de laureles y canta de buena gana acompañándose con

la flauta de Pan. Comunica con la naturaleza en su energía simuladora de los instintos y de los pensamientos. No es joven ni viejo, tiene la edad que siente. Y mientras circule una gota de sangre en sus venas, combate para conquistar o consolidar su lugar merecido en el sol. A nadie se impone, pero no quiere que nadie se le imponga. Repudia a los amos y a los dioses. Sabe amar, pero sabe también odiar. Lleno está de afección por los suyos, los de su mundo, pero horror tiene de los falsos hermanos. Se siente digno y conciencia tiene de su dignidad personal. Se esculpe interiormente y reacciona exteriormente. Se recoge y se expande. Descuida los prejuicios y ríe del qué dirán. Gusta de las artes, de las ciencias y de las letras. Ama los libros, el estudio, la meditación y el trabajo. Es artesano y no peón. Es generoso, sensible, sensual. Hambriento está de experiencias nuevas y de sensaciones frescas. Pero si por la vida avanza en una carroza rápida como un torbellino, es con la condición de sentirse dueño de los corceles que la llevan; está animado por la voluntad de asignar a la sabiduría y a la voluptuosidad, según su determinismo, la parte que incumbe a cada una de ellas en el curso de su evolución personal.»

— XII —

Podría seguir con nuestros comentarios y formar todo un volumen sobre el tema estudiado. Con lo expuesto, creo que los estudiosos podrán orientarse con facilidad y entender ya debidamente y sin «unilateralismos» suspectos, al vocablo individualismo, trátese del anarquista o del individualismo en sí.

Considero que todo ser humano debe ser personalista y asociacionista a la vez, es decir, individualista y fraternista. Confinarse en una de las márgenes por separado, es ingresar de pleno en el gregarismo o el egoísmo malsano.

En el terreno del anarquismo, el ser partidario de tal o cual tendencia, no debe representar el repudio de las otras. Eso es megalomanía y arquismo. Las diferencias sólo son, **en realidad**, de detalle. El mismo Rucker vive en los Estados Unidos en un pueblo individualista fundado antaño por compañeros de esa tendencia, habiendo sido ayudado por éstos no pocas veces, por la verdadera comprensión que tienen del anarquismo. Su obra básica, **Nacionalismo y Cultura**, fué vertida al inglés por un compañero individualista anarquista. Hay que poseer en nuestras bibliotecas su obra **EL PENSAMIENTO LIBERAL EN LOS ESTADOS UNIDOS**, ya que hasta la fecha no se tiene nada mejor sobre el individualismo-anarquista en lengua cervantina.

Epiloguemos, pues, cediendo la pluma al sabio Han Ryner, en su respuesta a la encuesta emprendida por Lorulot en abril de 1924 (L'INDIVIDUALISME PEUT-IL SE CONCILIER AVEC LE COMMUNISME ?), publicada en la revista L'IDEE LIBRE:

«Preguntadme, ya que en ello estáis, si la respiración puede conciliarse con la circulación de la sangre, el pensamiento con el sentimiento, la actividad con el reposo. En su expresión abstracta, algunas de nuestras necesidades aparecen contradictorias; las palabras y las definiciones zapan, si así

Rincón de
los niños

LA ABEJA HARAGANA



HABIA una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar. Es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo. Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta, veía como hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se lo pasaba todo el día, mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida, y tienen el lomo pelado porque han perdido todos los pelos de rozar contra la puerta de la colmena.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

—Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

—Yo ando todo el día volando, y me canso mucho.

—No es cuestión de que te canses mucho—respondieron—, sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente, las abejas que estaban de guardia le dijeron:

—Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió en seguida:

—¡Uno de estos días lo voy a hacer!

—No es cuestión de que lo hagas uno de estos días—le respondieron—, sino mañana mismo. Acuérdate de esto.

Y la dejaron pasar.

Al anoecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes de que le dijeran nada, la abejita exclamó:

—¡Sí, sí, hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!

—No es cuestión de que te acuerdes de lo prome-

puede decirse, fantasmas de zanjaz; pero bajo el pie valiente, el terreno sigue siendo sólido y unido.

«En lo concreto, en la salud, nuestras necesidades se armonizan por sí mismas a pesar de sus nombres antagónicos. En la enfermedad, hay que armonizarlas o fenecer. El espacio y el tiempo son más ricos que la lógica, esta vieja gastadora. Sus movimientos de fricciones a veces algo rudas, traen, sol y estrellas, hermosas luces simultáneas y que alternan.

«Si comunismo e individualismo no hicieran en el hombre un todo innegable, ¿cómo el hombre podría subsistir? Mala unión hasta la fecha; por felicidad, se auna a pesar de todo y no divorcia. Poco importa la querella teórica; la querella práctica es la cruel enfermedad de la humanidad. Su acuerdo de más en más sonriente, he ahí la gran esperanza y la riente claridad del horizonte. Tierra prometida, ¿es nuestro desierto un camino hacia ti?...

«Libérrimo es el espíritu. Que más aun se vuelva y podremos salvarnos. Sé, espíritu mío, lo bastante libre para negarte a ser conquistado, para rechazar toda conquista. Sólo una claridad interna, puede hacerme renunciar a una persuasión. Se me asemejan los demás, si así podemos decirlo, por esa necesidad de diferir, por esa independencia, por ese sentimiento que su evolución es belleza y felicidad, si su ritmo sigue siendo libre. Que mi verdad nunca se ofrezca como un dogma. Ya que a los otros no conozco directamente, mi verdad, ignoro si es ella, en alguna medida, una verdad humana. Aunque la su-

ponga yo con ese carácter universal, no podrá hacer florecer su germen más que en las conciencias que por sí mismas florezcan; no es el cielo quien ilumina a las estrellas; es la múltiple claridad de las estrellas que del cielo hace una luz rutilante.

«Y es así como el individualismo es la gran verdad de mi espíritu.

«Pero cierto comunismo es la verdad de mi corazón, como cierto comunismo es la verdad de mis manos creadoras. El beso no debe costar ningún sacrificio a mi pensamiento ni al pensamiento que vela detrás de la frente de la amiga querida. Aunque sólo sea por una hora, nuestra comunión se arriesga a producir el niño que, él, común será para siempre y hacia el cual por igual se inclinarán dos corazones maternos y paternos.

«Inquietas mis manos como lo es mi espíritu, cuando, inscriben en la materia algo de mi interior arabesco, se vuelven ávidas de otras manos desde que, para la consecución de las necesidades elementales, desean producir mucha vida. Que este acuerdo sea libre y pronto el ritmo común se vuelve alegre y hermoso como una danza.

«El comunismo será liberación y duradera conquista de todos, cuando se apoyará conscientemente en el individualismo. El individualismo no florecerá con todo su esplendor mas que en una sociedad libremente comunista.»

Vladimir Muñoz

tido—le respondieron—, sino de que trabajos. Hoy es 19 de abril. Pues bien: trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora pasa.

Y diciendo esto se apartaron para dejarla entrar.

Pero el 20 de abril pasó en vano como todos los demás. Con la diferencia de que al caer el sol, el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.

La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría allá dentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

—No se entra—le dijeron friamente.

—¡Yo quiero entrar!—clavó la abejita. —Esta es mi colmena.

—Esta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras—le contestaron las otras. —No hay entrada para las haraganas.

—¡Mañana sin falta voy a trabajar!—insistió la abejita.

—No hay mañana para las que no trabajan—respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y esto diciendo la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aun; pero ya la noche caía, y se veía apenas. Quiso cogerse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, a tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

—¡Ay, de mí!—exclamó la desamparada. —Va a llover, y me voy a morir de frío!

Y tentó entrar en la colmena.

Pero de nuevo le cerraron el paso.

—¡Perdón!—gimió la abeja. —Déjenme entrar!

—Ya es tarde—le respondieron.

—¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!

—Es más tarde aun.

—¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!

—Imposible.

—¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:

—No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete.

Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró hasta que de pronto rodó por un agujero; cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna.

Greyó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una vibora, una culebra verde de lomo color ladrillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad, aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacía tiempo, y que la culebra había elegido por guarida.

Las culebras comen las abejas, que les gustan mucho. Por esto la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

—¡Adiós, mi vida! Esta es la última hora que yo veo la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró, sino que le dijo:

—¿Qué tal la abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí en estas horas.

—Es cierto—murmuró la abeja. —No trabajo, y yo tengo la culpa.

—Siendo así—agregó la culebra burlona—, voy a quitar del mundo un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

La abeja, temblando, exclamó entonces:

—¡No es justo, eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.

—¡Ah, ah!—exclamó la culebra, enroscándose ligera. —¿Tú conoces bien a los hombres? ¿Tú crees que los hombres, que os quitan la miel a vosotras, son más justos, grandísima tonta?

—No es por eso que nos quitan la miel—respondió la abeja.

—¿Y por qué entonces?

—Porque son más inteligentes.

Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír exclamando:

—¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer; date prisa.

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero ésta exclamó:

—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

—¿Yo, menos inteligente que tú, mocosa?—se rió la culebra.

—Así es—afirmó la abeja.

—Pues bien—dijo la culebra—vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. El que haga la prueba más rara, ese gana. Si yo gano, te como.

—¿Y si gano yo?—preguntó la abejita.

—Si ganas tú—repuso la enemiga—, tienes el derecho de pasar la noche aquí, hasta que sea de día. ¿Te conviene?

—Aceptado—contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo:

Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena y que le daba sombra.

Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas, y les llaman trompitos de eucaliptos.

—Esto es lo que voy a hacer—dijo la culebra. —¡Fíjate bien, atención!

Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompo como con un cordelito, la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra se reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar un trompito.

Pero cuando el trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

—Esa prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

—Entonces, te como—exclamó la culebra.

—¡Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero hago una cosa que nadie hace.

—¿Qué es eso?

—Desaparecer.

—¿Cómo?—exclamó la culebra dando un salto de sorpresa. —¿Desaparecer sin salir de aquí?

—Sin salir de aquí.

—¿Y sin esconderte en la tierra?

—Sin esconderme en la tierra.

—¡Pues bien, hazlo! Y si no lo haces, te como en seguida—dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna, y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi una hierbita, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:

—Ahora me toca a mí, señora Culebra. Me va a hacer el favor de darme vuelta, y contar hasta tres. Cuando diga «tres», búsqieme por todas partes ¡ya no estaré más!

Y así pasó en efecto. La culebra dijo rápidamente: «uno... dos... tres», y se volvió y abrió la boca cuando grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a todos lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con su lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba?

No había modo de hallarla.

—¡Bueno!—exclamó por fin. —Me doy por vencida. ¿Dónde estás?

Una voz que apenas se oía—la voz de la abejita—, salió del medio de la cueva.

—¿No me vas a hacer nada?—dijo la voz. —¿Puedo contar con tu juramento?

—Sí—respondió la culebra. —Te juro. ¿Dónde estás?

—Aquí—respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: la plantita en cuestión, era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraran, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de este fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla.

Fué una noche larga, interminable, que las dos pasaron arrimadas contra la pared más alta de la caverna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río, adentro.

Hacia mucho frío, además, y adentro reinaba la

oscuridad completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y ésta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche tras noche en la colmena bien calentita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana, sino una abeja que había hecho en una sola noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fué, en efecto. En adelante, ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir a las jóvenes abejas que la rodeaban.

—No es nuestra inteligencia, sino nuestro trabajo quien nos hace fuertes. Yo usé una sola vez de mi inteligencia y fué para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche.

Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos—la felicidad de todos—, es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja.

Horacio QUIROGA

NOTA. — Horacio Quiroga (31 de diciembre de 1879 - 19 de febrero de 1937), en la narrativa rioplatense, fué uno de sus más grandes realizadores. Nacido en Salto (Uruguay), vivió casi siempre en Argentina y particularmente en Misiones, en donde denunció—a través de sus magistrales cuentos—, «lo que son los obreros» (sobre todo, en el relato *Las Fieras Cómplices*). Este lindo cuento, ha sido transcrito de su obra *CUENTOS DE LA SELVA PARA LOS NIÑOS*. — V. M.

LOS NIÑOS

Venid, buenos amiguitos,
cuando escucho vuestros gritos,
cuando miro vuestro juego,
cuando miro vuestro juego,

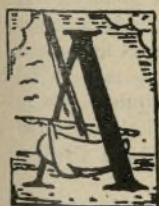
Pues me abris gentil ventana,
y a la luz de la mañana
miro el agua cristalina
y la inquieta golondrina.

Vuestras almas inocentes
tienen pájaros y fuentes;
vuestros libres pensamientos
son cual hondas, son cual vientos.

En vosotros todo es canto,
todo es luz... Gozad en tanto

El informe KRUTCHEV LA DIRECCION COLECTIVA

III



PARENTEMENTE, el informe Krutchev pudiera interpretarse como un panegírico de la dirección colectiva del Estado bolchevique y del partido. Sin embargo, es ello un error del que rápidamente puede uno convencerse. El repudio del culto a la personalidad no afecta más que al de Stalin. Por el contrario, Lenin consigue no sólo librarse del vapuleo, sino hasta obtener el aviso más favorable.

A este fin Krutchev ha debido trazar dos líneas divisorias. La de Stalin distintiva, como queda dicho, por su brutal imposición. Y la de Lenin, cuya paciente perseverancia influyó sobre los cuadros del partido, atrayéndolos a «obedecerlo sin usar de presiones, sino más bien por la influencia ideológica que ejercía sobre ellos».

«Nuestro partido, insiste Krutchev, ha luchado por la apli-

cación de las ideas de Lenin, para la edificación del socialismo. Fué éste un combate ideológico. Si, en el curso de esta lucha, los principios leninistas hubieran sido observados y si la fidelidad del partido a estos principios se hubiese aliado estrechamente a una constante preocupación por el pueblo, si no hubieran sido dejadas al margen, sino puestos al servicio de nuestra causa, no habríamos ciertamente conocido esta brutal violación de la legalidad revolucionaria y millares de personas no habrían sido víctimas de los métodos de terror. Habríamos recurrido entonces, a estos extraordinarios métodos solamente sobre aquellos que hubieran cometido actos criminales contra el sistema soviético.»

Como se ve, a fuerza de desbarrar pierde Krutchev el hilo de la ponderación, rebatiendo los principios de los que se hace adalid. Para destruir al dios Stalin, incienso al dios Lenin. No hay principios, no hay doctrinas, no hay dirección colectiva con Lenin. Deliberadamente la libertad es confundida con la obediencia que es su más patente negación, aunque sea aceptada sin reparos. Lenin no sirve en este caso sino para facilitar el juego de Krutchev. La destrucción de un ídolo ha debido ser encarada en razón de su influencia, a base de los textos sacrosantos de una momia. Pero recurriendo a la maniobra tan cara a Stalin, de desvirtuar la verdad y acomodar éstos con enmiendas y rectificaciones a la propia tesis que es en definitiva la sola valedera.

La perseverancia de Krutchev en la línea stalinista, prolongación de la leninista, no puede ser más fiel. La tergiversación y el confucionismo se perpetúan en una recta trayectoria cuya finalidad es la total negación de los más elementales principios socialistas.

Pero volvamos a Krutchev y buceemos con él en la historia del partido. «En los días que precedieron a la revolución de octubre, dos miembros del Comité Central del partido bolchevique, Kamenev y Zinoviev, se declararon hostiles al proyecto de Lenin para una revuelta armada». Y, según afirma, el 18 de octubre publicaron en el periódico menchevique «Novaya Jhizn», artículo declarando la disposición bolchevique «y considerando este proyecto muy ventajoso».

Así se escribe la historia: falsificándola como Stalin. La revolución de Octubre, obra del pueblo ruso, es cargada a la cuenta de Lenin, que no entró en Rusia más que para aprovecharse de ella. Y con el ánimo de enjuiciar a Kamenev y Zinoviev se les carga con el peso de una traición al partido, olvidando que en la fecha de la publicación del artículo en cuestión, si publicación hubo, la revolución estaba en su apogeo. No obstante, esto se imponía con el fin de dejar bien sentada y fuera de dudas la tolerancia de Lenin.

La traición de Kamenev y Zinoviev, insiste Krutchev, no fué óbice para que Lenin les confiara «puestos donde desempeñaron para el partido misiones muy importantes y tomaran una parte activa al trabajo de los principales orga-

que mi helado invierno empieza;
ya es de nieve mi cabezal

Sin vosotros, pequeñuelos,
mensajeros de los cielos.
¡Cuán estéril, cuán sombría
la existencia me sería!

Sois cual hojas que al anciano
bosque, dan verdor lozano,
y en los aires se remecen
beben luz y resplandecen.

Venid, niños muy queridos,
quedo, quedo, en mis oídos
susurrad, lo que suaves
os cantaron brisas y aves.

Vuestra atmósfera supera
a la misma primavera
de los campos, con sus flores
y sus pardos ruiseñores.

Con vosotros comparadas,
poco valen las baladas,
las poéticas leyendas,
las ficciones estupendas.

Que la historia es sombra incierta
y los libros letra muerta;
vuestra cándida alegría
es viviente poesía.

H. LONGFELLOW

NOTA. — H. Longfellow, gran poeta norteamericano del siglo pasado.

nismos del partido y de los soviets. Es bien conocido que Zinoviev y Kamenev cometieron un cierto número de otros graves errores en vida de Lenin. En su testamento, Lenin reseñaba «que el rol de Kamenev y Zinoviev en Octubre no fué ciertamente accidental. Sin embargo, él no se planteó jamás la cuestión de su arrestación y, aún menos, de su liquidación».

Sobre esto no cabe la menor duda. Subsiste, no obstante, la de la desconfianza de Lenin acerca de ellos, cuando implícitamente se reconoce la importancia de los puestos que éste de buen grado les confió. De todas formas, y de una u otra manera, valga la constatación de que Lenin, bajo ningún concepto hubiera aprobado, por absurda y arbitraria, la decisión de su arrestación y, mucho menos, la de su eliminación.

Sin embargo, Krutchev no sólo la justifica, sino que halla en ella un motivo de alabanza para Stalin. Es éste un desviacionismo en el que, por lo visto, no se ha parado mientes. Y mucho más cuando, como hemos dicho, se justifica el asesinato de Zinoviev, Bukarin y Trotski, omitiendo a Kamenev. Y llegando hasta a considerar que en esta fúnebre tarea la labor de Stalin había sido altamente beneficiosa, pues de no haber procedido de dicha forma la industria pesada, ni los kolkozos hubieran podido realizarse.

Por lo visto el eximio Krutchev desconoce el venenoso «Programa de los Comunistas» de Bukarin. Vale la pena, en este caso, reseñar, entre tantos otros, un párrafo altamente

significativo. Para Bukarin, «la mejor manera y la más perfecta de organizar la producción nos es enseñada por la gran industria capitalista... «es preciso asociar la igualdad económica con la gran industria. No basta que los capitalistas desaparezcan; es preciso que la producción sea establecida sobre vastos planos. Todos los pequeños establecimientos deben desaparecer. Todo el trabajo debe ser concentrado en grandes fábricas, en grandes oficinas y en grandes granjas agrícolas. El uno debe ignorar lo que hace el otro y viceversa; es necesario tener un plan único de trabajo, que será tanto mejor cuanto más se extienda sobre un mayor número de regiones. El mundo entero, finalmente, debe formar un gran taller de trabajo, en que toda la humanidad trabaje para sí con las mejores máquinas, en las grandes máquinas, sin los patronos y los capitalistas actuales, pero SEGUN UN PLAN RIGUROSAMENTE PREPARADO, CALCULADO Y MEDIDO».

Quede, por tanto, constancia de la ignorancia o mala fe de Krutchev. Y más que otra cosa del encomio, de Bukarin, y defensa más elocuente de la industria pesada, de los kolkozos y de los planes quinquenales, tan gratos al régimen bolchevique, en tanto que Lenin y después Stalin, tanto calor prestaron a la conocida política de la N.E.P., que con tanta ligereza se intenta colgar a las espaldas de las víctimas del régimen. Que, en realidad, no valían mucho más que sus victimarios, como puede constatarse.

Francisco OLAYA

MICROCULTURA

124. La energía liberada en la fisión completa de un gramo de uranio es aproximadamente equivalente a 10.000 kilowatts-hora, mientras que la obtenida de la combustión completa de un gramo de carbón es de sólo un centésimo de kilowatt-hora.

125. La manumisión social de los trabajadores ha de ser obra apolítica de ellos mismos, al margen de las soluciones estatales.

126. Se ha fabricado un motor diminuto, más pequeño que un dedo pulgar humano, que funciona aun a temperaturas de 55 grados bajo cero y durante vuelos de gran altura.

127. Aceites y grasas de solicio pueden lubricar tan bien como los productos del petróleo.

128. En la Luna, al mediodía, la temperatura es de unos 115 grados, pero desciende a más de 50 bajo cero a media noche.

129. Una tormenta de verano tiene una incalculable energía.

130. Entre los niños de cinco a catorce años de edad, las pérdidas de vida por accidente es siete veces mayor que la causada por poliomielitis aguda y nueve veces más que las originadas por neumonías y gripe combinadas.

131. El cielo visto de la Luna es completamente negro sin los tintes azules, rojos y anaranjados que se observan desde nuestro mundo.

132. A los dos años de edad proclamaron «rey de Bulgaria» a Simeón II, en 1937.

133. Las nubes cúmulus se hallan generalmente entre 1.500 y 2.000 metros de altura.

134. El lactuario, medicamento que se extrae de la lechuga, se emplea en medicina para calmar los nervios.

135. Se llama «inhibición» al estado síquico en el cual una fuerza opuesta tiende a evitar o a frenar ciertos modos de expresión del individuo.

136. El tiburón se llama en francés requin, en alemán haifish y en inglés shak.

137. Terranova fué descubierta por el navegante italiano Sebastián Gaboto, en 1497.

138. La «vinolencia» es el exceso en el beber el vino.

139. Grecia tuvo una ciudad llamada Tebas, pero la Tebas del Alto Egipto, fué centro de una gran cultura.

140. Por vía marítima hay de Nueva York a Río de Janeiro, 4.770 kilómetros.

141. Melpomene, según la mitología griega, fué la diosa de la Tragedia.

142. Para asimilar el calcio necesita el organismo humano combinar la vitamina D y el fósforo.

143. La «agorofobia» es el horror a los espacios abiertos, especialmente a las llanuras.

144. Para desdicha de la humanidad el criminal inglés Ernesto D. Swinton, inventó en 1914 el tanque de guerra.

145. Los países de América que producen más alumbre son Estados Unidos y México.

146. En la Biblioteca Nacional de París hay cinco millones de estampas y grabados.

POETAS DE AYER Y DE HOY

FLORENTINO AMEGHINO

Fué su sabia pupila de vidente
en los siglos y siglos de penumbra
un reflejo de luz que nos alumbra
como el rayo de sol más refulgente.

El átomo invisible interyacente
desde el hondo del mar hasta la cumbre,
a donde el sol jamás puso su lumbré
reflejó su saber altilocuente.

Y no pudo ocultarle la materia,
la más leve partícula de arteria,
ni el divino nacer de un arbol.

Es un Sirio que alumbra en el camino
disipando las sombras del destino
esparciendo destellos como el sol.

JOSE INGENIEROS

Sociólogo de numen soberano
en su examen genial del hombre,
llegó al misterio del cerebro humano
investigando lo interior del hombre.

Y rasgando las sombras del arcano,
en los síquicos rasgos del ex-hombre
no hubo una fibra en el factor craneano
que no le diera verdadero nombre.

Era el genio plasmando maravillas,
obras sabias, humanas y sencillas
que surgieron del hombre superior.

Como el beso de amor exuberante,
un reflejo de sol purificante
saturando de esencias a una flor.

Martín CASTRO.

(Trans. V. M.)

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

LA NOVELA ESPAÑOLA (50 fr. número). Toda la colección: 900 francos.

«Romancero gitano», por F. García Lorca; «Nada menos que todo un hombre», por Miguel de Unamuno; «La canción sin palabras», Dr. Martí Ibáñez; «El rodar de las almas», por J. M. Puyol; «El hijo santo», por Gabriel Miró; «Campos y hombre de España», por Antonio Machado; «La vida del buscón», por Quevedo (doble); «Marieta», por Juan B. Bergua; «Georgica», por Xavier Valcárcel; «Rosa de Natchoyo», por Alfonso Camín; «El Allegretto de la Sinfonía VII», por Eugenio Noel; «Conquistadores de Arena», por Mateo Santos; «El vado», por Ramón J. Sender; «El pequeño Edison», por Antonio Zozaya; «Fuenteovejuna», por Lope de Vega; «La Galerna», por Joaquín Dicenta; «El Hotel», por Eduardo Zamacois; «La muerte falsificada», «Diálogo sin testigos», por Víctor Alba; «La otra», «Para quién te pintas los labios Marilena?», por A. Fernández Escobés; «El cautivo de Argel», por Ezequiel Endériz.

BIBLIOTECA MUNDIAL Y COLECCION UNIVERSAL SOPENA, 200 francos volumen.

«El niño de la bola», «El final de Norma», por Pedro A. de Alarcón; «La piel de Zapa», por H. de Balzac; «Rimas», por Gustavo A. Bécquer; «Pequeños poemas en prosa», por Carlos Baudelaire; «La mujer», por Severo Catalina; «Entremeses y poesías», «Los trabajos de Persiles y Segismunda», por Cervantes; «For un piojo y la gorriona», por Luis Coloma; «Adolfo», por Benjamin Costant; «Cartas desde mi molino», por Alfonso Deudet; «Tiempos difíciles», «Aventuras de Pickwick (dos volúmenes)», por Carlos Dickens; «Los tres mosqueteros», «Veinte años después», «El vizconde de Bragelonne» (4 vol.), «El conde de Montecristo (2 vol.)», «La dama de Monsoreau» (2 vol.), «El paje del duque de Saboya» (2 vol.), «Ascanio», (2 vol.), «Las lobas de Machecoul» (2 vol.), por Alejandro Dumas; «Obras poéticas», por José de Espronceda; «Epistolario de Fradique Mendes», «Los Maias» (2 vol.), por Eça de Queiroz.

COLECCION LOSADA (a 200 francos).

«Gloria» (2 vol.), «Torquemada en la hoguera», «Torquemada en el Purgatorio», «Torquemada en la cruz», «Torquemada y San Pedro», «Tristona», «Gerona», «Realidad», «El audaz», «El caballero encantado», «Halma», por B. Pérez Galdós.

(A 240 francos).

«Los pueblos», por Azorín; «Ciclo de primavera», «Mashi», «El jardinero», por Rabindrasnath Tagore; «Poema del cante jondo», «Yerma», «Cinco farsas breves», por Federico García Lorca; «Las tres ratas», por A. Pareja; «Moisés y la religión monoteísta», por Sigmund Freud; «Belleza», por Juan Ramón Jiménez; «Tala», por Gabriela Mistral; «Hacia una moral sin dogmas», por José Ingenieros; «Rosaura», por Ricardo Güiraldos.

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

«Horas de lucha», por Manuel G. Prada (encuadernado) 550 fr.
«Teatro argentino» (2 vol.), por A. Ghirardo 1.650
«Sistema cooperativo» (rústica), por James Peter Warbasse 600
«¿Qué es la propiedad?», por P. J. Proudhon 700
«De la crisis económica a la guerra mundial»,

por Henri Claude 550 fr.
«Incitación al Socialismo», por G. Lendauer 600
«Las confesiones de un revolucionario», por P. J. Proudhon 650
«Génesis, esencia y fundamentos del socialismo», por Emilio Frugoni (2 vol) 1.650
«Civilización del trabajo y de la libertad», por Curio Chiaraviglio 650
«Historia sexual de la humanidad», por Eugen Relgis 900
«Obras completas», por Rafael Barret (3 vol.) 2.200
«El incendio», por Isabel del Castillo 450
«Historia del Primero de Mayo», por Maurice Dommanget 1.200
«Democracia Cooperativa», por J.P. Warbasse 1.000
«El humanitarismo», por Eugen Relgis 900
«Psicología humana», por J. de Sousa Ferraz 1.000
«América Hoy», por Víctor García 1.000
«Bosquejos psicológicos de los pueblos europeos», por A. Fouillée 1.200
«La revolución desconocida», por Volin 1.200
«La juventud de un rebelde», por R. Rocker 1.250

OBRAS DE DIFERENTES AUTORES

«El control de la concepción», por Alejandro Lenard 450
«Psicoanálisis de la familia», por J. C. Flugel 960
«Psicoanálisis del hombre normal», por Gustave Richard 660
«El psicoanálisis de hoy» 1.200
«La cuestión sexual», por Augusto Forel (3 volúmenes) 1.260
«Amor y matrimonio», por Ellen Key 500
«La educación de los padres», por W. Stekel 650
«La personalidad y la sexualidad de la mujer físicamente defectuosa», por Carley Landis y Majorie Bolles 375
«Tipos psicológicos», por C. G. Jung 630
«Los fundamentos de la psicología», por Joao de Sousa Ferraz 500

EN FRANCES.

Obras de Han Ryner: «Amant au Tyran», 250 fr.; «Les voyages de Psychodore», 250 fr.; «Prenez-moi tous», 250 fr.; «J'ai mon Eliacin», 750 fr.; «L'Eglise devant ses juges», 300 fr.; «Le Sphinx rouge», 300 fr.; «Crepuscules», 250 fr.; «Dans le mortier», 300 fr.; «Face au public», 250 fr.; «La vie éternelle», 250 fr.; «Jeanne d'Arc et sa mère», 350 fr.; «Chère Pucelle de France», 300 fr.; «La Tour des peuples», 300 fr.; «L'individualisme dans l'antiquité» 180 fr.; «Jusqu'à l'Ame», 40 francs.
«Le seuil», por Romain Rolland 300 fr.
«Lettres inédites sur l'inquiétude moderne» 250
«Feu la liberté», por C. J. Gignoux 150
«L'envers du journal de Gide», por F. Derai-Henri Rambaud 300
«Saint-Germain-des-Près», por Jules Leroy 300
«L'unique et sa propriété», por Max Stirner 600
«Espagne contre Espagne», por A. Sieberer 460
«Fierre Kropotkine, le prince anarchiste», por Woodcock et Avakoumovitch 790

OBRA NUEVA.

«Vaso de lágrimas», por Luis Bazal (poemas de guerra, del exilio) 350

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a Vale io MAS — Servicio de Librería del Movimiento

4 rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)